

nueva historia



AÑO 1 No.1

LONDRES

1981

NUEVA HISTORIA

COMISION EDITORIAL

**Sec. Ejec. Leonardo León, M.A.
Consejeros Luis Ortega, Ph. D.
Gabriel Salazar**

COMISION EDITORIAL ASESORA

**Professor John Lynch Dr. Harold Blakemore
Dr. Simon Collier Dr. Andrew Barnard**

Sec. Administrativa: Hazel B. Leake, B.A.

ISSN 0261 2909

Dirección Postal

**Asociación de Historiadores Chilenos (UK
c/o
Institute of Latin American Studies
31 Tavistock Square
London WC 1H 9HA
England**

PRESENTACION

La presencia en el Reino Unido, por razones que son bien sabidas, de un importante número de académicos chilenos en los últimos años ha enriquecido la vida cultural de este país y, para aquellos académicos británicos con un interés particular en Chile, resultado en ventajosas oportunidades para ampliar su entendimiento de un país que, si bien físicamente remoto, siempre ha tenido fuertes vínculos históricos con éste. Para los chilenos que han llegado a este país, la experiencia de hallarse juntos en una tierra que, si bien amistosa, es aún extraña, ha reforzado su necesidad de encontrarse y trabajar juntos en la prosecución de sus carreras. No pocos de estos académicos son historiadores, y es por lo tanto altamente apropiado que ellos establezcan en el Reino Unido su propia agrupación para su beneficio mutuo, y el de sus colegas británicos, en la forma de programas de investigación y publicación, el intercambio de información e ideas para la promoción del estudio del pasado de Chile por parte de profesionales dedicados a ese fin.

La Asociación de Historiadores Chilenos (U.K.) fue fundada en noviembre de 1980. Sus objetivos y estatutos (copias de los cuales pueden ser obtenidos de su Secretario Ejecutivo en esta dirección), se refieren, inter alia, a la necesidad de comunicar los resultados investigaciones e ideas sobre historia chilena, y el establecer relaciones con todos aquellos, cualquiera que sea su nacionalidad, que comparten un interés por el tema. Con el apoyo financiero del World University Service por lo tanto, esta publicación es lanzada con esos fines, y es la intención de su Comité Editorial, y de sus colegas británicos, el ofrecer en sus páginas artículos de investigación de alta calidad, reseñas de libros sobre historia de Chile y otros materiales de interés en este campo. La iniciativa de los fundadores de la Asociación debe ser ciertamente aplaudida, y el nacimiento de esta nueva publicación contar con buenos augurios para su éxito. Todos los amigos de Chile darán su bienvenida a este esfuerzo y observarán con interés el crecimiento de la Asociación y su trabajo.

Harold Blakemore
Mayo, 1981.

ASOCIACION DE HISTORIADORES CHILENOS (U.K.)

**NUEVA
HISTORIA
año 1 n° 1**

Contenido:

Presentación del Dr. Harold Blakemore

ARTICULO

**L. León: Alianzas militares entre los indios de
Argentina y Chile. La rebelión arau-
cana de 1867-1872**

RESEÑA BIBLIOGRAFICA

**H.W.Kirsch: Industrial Development in a Tradi-
tional Society (Gainsville, Fla.1977) por
Dr. L. Ortega**

Londres 1981

ALIANZAS MILITARES ENTRE LOS INDIOS ARAUCANOS Y LOS GRUPOS
INDIOS DE LAS PAMPAS: LA REBELION ARAUCANA DE 1867-1872 EN
ARGENTINA Y CHILE*

por Leonardo León Solís

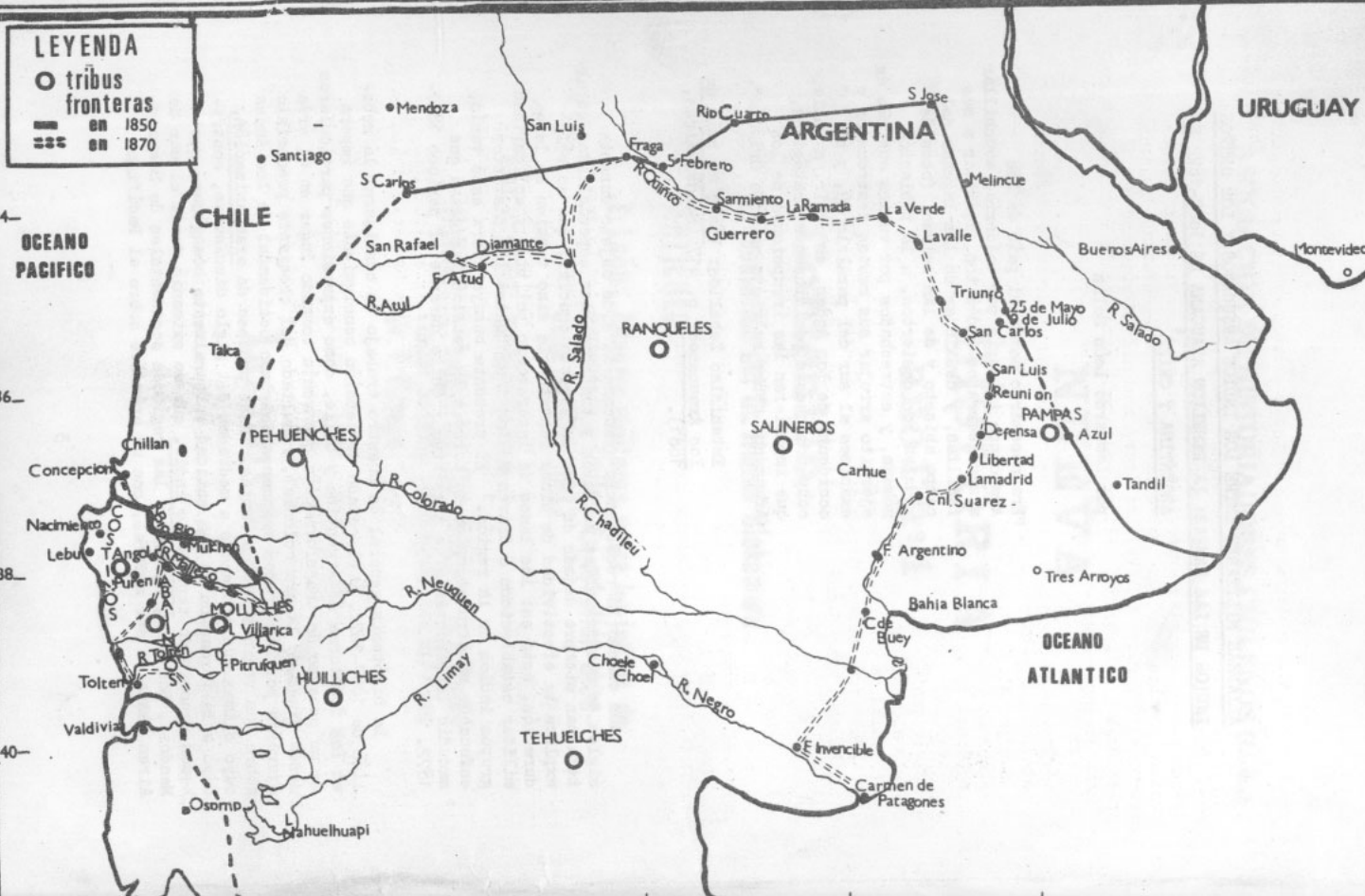
"Era necesario batir el país de los Araucanos toldería por toldería, acuchillar a sus guerreros indómitos, cautivar a sus familias, y desalojar de las lagunas del campo abierto y de las selvas, focos de vida en los desiertos, a la población nómada, y estrechados por varios cuerpos de ejército arrojar sus restos destrozados y exánimes al sur del paralelo 39, y el occidente de los Andes, es decir, a Chile, ocupando nuevas posiciones estratégicas, que impidieran las irrupciones de los Araucanos sobre su viejo país de Oriente".

Estanislao Zeballos: Viaje al país de los Araucanos, p. 417 (Buenos Aires, 1881).

Aún cuando la resistencia araucana ha sido objeto durante siglos de considerables estudios y tratados, los especialistas en el tema han siempre dejado de lado un aspecto crucial, que no sólo explica la efectividad de dicha resistencia sino también su larga duración, esto es: los lazos de intercambio político y solidaridad militar establecidos a través de los Andes entre los distintos grupos indios de la región.¹ El presente ensayo cubre este vacío, enfocando nuestra atención en torno a la rebelión araucana que sacudió las fronteras de Argentina y Chile durante el período 1867-1872.

La hipótesis general de nuestro trabajo es considerar la rebelión de 1867-1872, y el estado de tensión consiguiente que impera en las fronteras de Argentina y Chile, como expresiones particulares de un proceso de transformación que venía tomando lugar en el área desde fines de la era colonial, resultado del creciente predominio ejercido por los grupos araucanos del lado occidental de los Andes sobre sus vecinos de las Pampas. Este proceso de araucanización, cuyo clímax fue alcanzado a mediados del siglo diecinueve, contribuyó a la formación de una entidad culturalmente homogénea, que hemos denominado territorio indio, que se extendió desde el sur de Mendoza, San Luis, Córdoba y las regiones occidentales de Buenos Aires hasta el sur austral, con un apéndice sobre el Pacífico

El Territorio Indio a mediados del siglo XIX



constituido por la así llamada Araucanía chilena.² La existencia de esta entidad cultural cuya expresión geográfico-social está fuera de dudas si se toman en cuenta no sólo los rasgos de homogeneidad, sino también las acciones concertadas que sus líderes llevaron a cabo contra las autoridades nacionales respectivas, así como la visión que de él obtuvieron viajeros y oficiales a lo largo de decenios constituyó la base sobre la cual los jefes araucanos ejercieron el liderazgo político militar, promoviendo vínculos de asistencia y solidaridad militar, en completa autonomía e independencia de los respectivos estados de Argentina y Chile.

Dicho liderazgo, cuyas raíces coloniales estamos hoy dedicados a estudiar con materiales del Archivo de Indias, adquirió repentina solidez durante las primeras décadas del siglo XIX, período en el cual por lo menos 20 jefes araucanos pasaron a las Pampas argentinas acompañados de sus guerreros y familias, ya sea con el ánimo de maloquear* las haciendas fronterizas, o bien con el fin de asentarse definitivamente en los despoblados de la Pampa. Sus acciones, individuales o formando parte de confederaciones militares que agrupaban además de indios, a rebeldes y bandidos blancos, afectaron los campos de Buenos Aires, Mendoza, San Luis, Santa Fe, Córdoba y Bahía Blanca, extendiéndose en algunas oportunidades a las provincias chilenas de Colchagua, Maule, Concepción y Valdivia.³ Como ejemplo de este fenómeno, debemos citar a J.M. Carrera, quien aliado con el jefe araucano Llanquetrúz asoló diferentes localidades argentinas; sus acciones fueron seguidas a ambos lados de los Andes por la extraña y paradójica confederación formada entre los residuos realistas españoles, y los jefes araucanos y pehuenches, quienes, usando tácticas indias, devastaron las fronteras de ambas repúblicas.

Sin embargo, el evento más importante tomó lugar en 1835, cuando una expedición de 200 guerreros liderados por Calfucura, jefe de Pitrufquén, se asentó en la localidad de Masalle, territorio bajo la jurisdicción del jefe Mariano Rondeau. De acuerdo a Estanislao Zeballos, debido a los asaltos continuos que los recién llegados realizaron contra las fronteras de Buenos Aires, contra la voluntad de Rondeau, conflictos de autoridad se desarrollaron entre ambos jefes. La tensión tuvo un repentino y trágico final con el asesinato de Rondeau y sus principales capitanes, a manos de Calfucura y sus seguidores. Consciente de su precaria situación, Calfucura envió mensajes al jefe araucano Mañil, de Malleco, en los cuales:

"Pedía a los caciques chilenos que los sostuvieran con su inmenso poder prometiendo franquearles en cambio los caminos de la campiña del este, rica de ganados y de mujeres cristianas..."⁴

*maloquear: incursiones a las localidades fronterizas realizadas por los indios.

Mañil respondió a las peticiones de Calfucura enviando una partida de guerreros, encabezadas por los jefes Calvucoy, Calvuen y Marigual, además de su propio hijo, Quilapán, quien en las décadas siguientes se convertiría en el principal agente de la resistencia indígena contra la expansión colonizadora. Esta fuerza guerrera ayudó a Calfucura no sólo a consolidar su posición en Salinas Grandes, sino también le permitió incorporar, por convencimiento o por fuerza, entre sus seguidores a los contingentes de guerreros que vagaban por las Pampas, sobre los cuales ejercería su influencia por más de 35 años. Los jefes araucanos, por su parte, comenzaron a tener en Salinas Grandes una de sus más importantes avanzadas para los malones organizados desde Arauco contra la provincia de Buenos Aires. Salinas Grandes se convirtió, en un corto período de años, en refugio seguro para las hordas guerreras en períodos de derrotas y escasez, de hambre e incertidumbre, y en centro de celebraciones en períodos de victoria y paz. Protegido por diferentes accidentes geográficos, situado en medio de las Pampas, conectado con los asentamientos del norte y del sur, del este y el oeste, respaldado por sus vecinos y parientes de araucanía, Calfucura extendió su influencia a través del territorio indio a un grado nunca visto en la región. Sus alianzas con los Ranqueles de Leuvuco, los Huilliches de Neuquén, y los Serranos-Pampas de Tandil, proveyeron la base política para la formación de amplias confederaciones militares lideradas por los araucanos que, en más de una oportunidad sembraron el terror en las áreas periféricas de Mendoza, Córdoba y Buenos Aires. Convertido en el principal agente de los araucanos en el área, su participación, directa o indirecta, en las expediciones que estos organizaban contra las haciendas ganaderas, destinadas a proveer caballos, vacunos y bovinos, tanto a las reducciones occidentales como a los mercados fronterizos chilenos, es incuestionable. La dimensión de este tráfico fue denunciada años más tarde por Julio A. Roca, quien señaló, en una carta enviada al diario La República, que su número promedio anual ascendía de 20.000 a 40.000 cabezas. La misma situación fue descrita en Chile, provocando agrios debates en el Congreso Nacional, en el cual se acusó al gobierno de complicidad y anuencia en este tráfico ilegal.⁵

Este tráfico de animales, cuya efectividad fue incrementada⁶ por la presencia de un jefe aliado en las Pampas, era tan sólo una dimensión del conjunto de relaciones establecidas durante este período entre los grupos de ambos lados de los Andes. Otra manifestación consistía en el comercio de productos manufacturados por los indios del lado chileno tales como arcos, flechas, arcos, alhajas de plata, textiles y ponchos de lana, además de alcohol, armas de fuego, objetos de fierro, y paños que obtenían en los puestos fronterizos. En las Pampas ellos eran intercambiados por sal, plumas de avestruces y objetos rituales, además de mujeres y niños, que capturados en las fronteras argentinas, eran posteriormente trasladados a los rehues de Arauco.⁷ Al proveer a diferentes grupos con productos similares este comercio intraregional actuó como un factor homogeneizador que⁸ contribuyó a darle continuidad

al territorio indio a la vez que consolidaba los lazos de cooperación económica permitiendo la sobrevivencia de la precaria economía indígena. Pero, por sobre todo, estimuló la solidaridad militar a través de los Andes, rasgo predominante de las relaciones entre Oriente y Occidente a partir de la década del 40. La formación de federaciones militares destinadas a azotar las fronteras de ambos países, contaban, como señalará Hasbruck,⁹ con la participación de todos los clanes, quienes enviaban sus guerreros para que lucharán bajo el liderazgo de un jefe común. Schoo Lastra se refiere a estas confederaciones agregando que, a través de los Boquetes "Los indios de ambos lados de los Andes" se comunicaban los resultados de sus malones y se prestaban ayuda cuando era necesario.¹⁰ A. Guinnard, quien convivió con la gente de Calfucura en Salinas Grandes, describía la misma situación en los siguientes términos:

"En muchas ocasiones los indios fueron puestos en fuga, y tomaron refugio en las cadenas cordilleranas bajas más cercanas a Chile, en la vecindad de los araucanos. Sus mujeres teniendo no casas, y imaginándose ellas mismas que eran capturadas por los argentinos, abandonaban sus esposos y huían hacia Araucanía".¹¹

El rol jugado por estas confederaciones militares, que permitían la movilización de fuerzas guerreras y recursos militares a través del territorio indio, dejando de lado las restricciones jurisdiccionales que cada jefe intentaba defender en su localidad, fue un factor crucial en el desarrollo de la guerra de Arauco en Chile, y un estímulo de las crecientes invasiones araucanas a las provincias fronterizas de Argentina. La resistencia indígena vino a convertirse no ya en un fenómeno local que afectaba a una o más parcialidades, cuyo éxito dependía exclusivamente en la capacidad militar de uno o dos jefes y sus guerreros, sino que llegó a constituirse en un proceso global que envolvía a todos los indios del cono sur de América, con excepción de los cazadores y recolectores del extremo sur patagónico. La amplia red formada por lazos de parentesco sanguíneo o político, los contactos establecidos entre comerciantes de diferentes áreas, y la serie de compromisos contraídos entre los líderes, todas expresiones paralelas a la solidaridad militar, afianzadas por la comunidad de lengua, hábitos y costumbres, constituyeron la infraestructura sobre la cual dicha resistencia militar devino en mayor eficiencia guerrera. Eventualmente se convirtió en el telón de fondo sobre el cual Quilapán en Chile, y Calfucura en Argentina, desarrollaron sus acciones, proveyendo a ambos jefes de credibilidad y legitimidad entre sus seguidores, la que oportunamente usaron tanto para consolidar sus posiciones, así como un elemento unificante en su lucha común contra el avance de los blancos.

Debido al dinamismo que caracterizaba las relaciones a través de los Andes, debemos aclarar que durante el período 1867-1872, el área de influencia araucana en Argentina estuvo geográficamente

limitada a las Pampas Centrales, sur de Mendoza, San Luis y Córdoba, los campos occidentales de la provincia de Buenos Aires, y las riberas de los ríos Negro y Colorado. Sus relaciones durante este período con los grupos tehuelches, que realizaban comercio en Carmen de Patagones con los primeros pobladores blancos, y los grupos de Neuquén, descritos como Huilliches Manzaneros, parecieran no haber sido tan fuertes como las establecidas con Ranqueles, Pampas y Salineros de más al norte. Estos grupos "araucanizados" durante los siglos previos, ascendían en términos demográficos a 45.000 personas, con un contingente que puede ser calculado en 7.000 guerreros. Estos números coinciden con los citados por González Arrili, Guillermo Terrera y J. Steward, y fueron en cierta medida ratificados por el Censo Nacional de 1895.¹²

Para Araucanía Guevara cita un total de 76.196 habitantes, pero números mayores han sido descritos por Berdichewsky y Faron, quienes los aumentaron a 120.000 y 100.000 respectivamente.¹³ Todas estas cifras están muy lejos de coincidir con las citadas para el período más temprano de la Conquista, en que se han descrito 1.000.000 de habitantes para el área de Araucanía.¹⁴ En realidad, datos relacionados con población indígena en la región varían considerablemente, debido a la confusión creada por la migración que hemos descrito de un lado al otro de los Andes, que resultaba en un doblaje artificial de los números. La ignorancia reinante en ambas repúblicas con respecto a la exacta ubicación de cada asentamiento indígena, agravado por las exageraciones hechas por los jefes respectivos ante los gobiernos nacionales, tendían, y en cierta medida aún tienden, a crear un ambiente de incertidumbre en el cual se aceptan diversas interpretaciones erróneas. Como conclusión, podemos decir con relativa certeza, basada en el estudio de fuentes contemporáneas y apoyados en la reiteración y concurrencia de las cifras, que la población del así llamado territorio indio comprendía alrededor de 120.000 personas, con una fuerza guerrera que, a lo más, ascendía a 17.000 hombres. La siguiente tabla provee una descripción más detallada de cada grupo. En el mismo período, 1867-1872, la población argentina ascendía a 1.830.000 habitantes, y la de Chile a 1.819.223.¹⁵

LA REBELION ARAUCANA DE 1867-1872 EN ARGENTINA Y CHILE

Las Causas de la Rebelión

A pesar de que algunos incidentes aislados han sido considerados por algunos autores¹⁶ como causas de la rebelión, pareciera que en la larga duración la expansión de colonos blancos apoyados por destacamentos militares y la construcción de nuevos fuertes, fue el principal factor que desencadenó los eventos que son objeto de nuestro estudio.¹⁷

TABLA 1

GRUPOS INDIOS DE ARGENTINA Y CHILE DURANTE LA DECADA DE 1870

<u>Grupo</u>	<u>Localidad</u>	<u>Jefes</u>	<u>Población</u>	<u>Guerreros</u>
Ranqueles	Leuvuco	M. Rozas Baigorrita Epugmer Linconau	8.000-10.000 (1)	1.300
Salineros	Salinas Grandes	J. Calfucura Namuncura Pincén Purrán	10.000-12.000 (2)	2.000
Pampas	Tapalquén	Catriel Coliqueo M. Grande Tripailao	6.000-10.000 (3)	1.300
Huilliches Manzaneros	Neuquén	Sayhueque Reuquecura	10.000-12.000 (2)	2.000
Tehuelches	Patagonia (norte)	Casimiro Inakayal	3.000 (4)	500
Abajinos	Región de Nahuelbuta	Catrileo Colipí Pinolevi	16.000 (5)	3.415
Costinos	Costa de Arauco	Porma Paillao Calvulao	6.000 (6)	1.000
Arribanos	Areas Subandinas	Quilapán Montri Quilahueque	10.000 (7)	3.550
Huilliches	Area de Villarica y Valdivia	Lemunao Neculmán	10.000-12.000 (8)	2.000

Fuentes: (1) Mansilla, op. cit., p. 422; (2) y (4) Zeballos, Viaje al País, op. cit., pp. 412 y 416; (3) Schoo Lastra, op. cit., p. 10; (4) G.C. Masters, Vida entre los Patagones (Buenos Aires, 1964), p. 127; (5) general J.M. Pinto, 'Informe al Ministro de Guerra' en Memoria de Guerra (Chile, 1868); (6) Guevara, op. cit., p. 317; (7) E. Lionetti, 'Memoria del Prefecto Apostólico de Misiones Franciscanas', en Memoria del Ministerio de Justicia (Chile, 1870), p. 35; (8) Pablo Treutler, La Provincia de Valdivia y los Araucanos (Santiago, 1861), p. 97.

En Chile, este proceso de expansión más allá de los límites establecidos por diferentes tratados de paz durante el siglo XVIII y reconocidos tácitamente por las autoridades republicanas, comenzó en la década del cincuenta, bajo la forma de una expansión lenta y pacífica. Colonos aislados, comienzan a explotar pequeños tramos de tierras indígenas, ya sea con la aprobación de sus legítimos dueños o amparados en la fuerza de las avanzadas militares de la línea de fronteras sobre el río Bío Bío. Este proceso, descrito por Domeyko,¹⁸ Gardiner¹⁹ y Smith²⁰ en sus respectivos diarios, parece haber sufrido un repentino cambio a mediados de la misma década, adquiriendo caracteres violentos, homicida y las más de las veces, de profunda injusticia.²¹ De acuerdo a Berglund durante el período 1853-1863 una serie de decretos fueron promulgados por el gobierno de Santiago regulando los procedimientos de cuanto tenía relación a transacciones de tierras y delimitación de propiedades pertenecientes o que pertenecieron a indígenas, legitimando en algunos casos la adquisición fraudulenta de dichas tierras. En realidad, fue precisamente el estado de anarquía y desorden, lo que motivó la legislación, como un intento por parte del gobierno nacional de poner fin a los abusos y fraudes en que se veían envueltos comúnmente los propietarios nativos. En 1863, Cornelio Saavedra, intendente de la reciente creada provincia de Arauco, protestaba contra esta situación, abogando por la promulgación de una ley que definitivamente resolviera el así llamado problema de la propiedad indígena.²²

El intento de regularizar la situación de los nuevos propietarios y la necesidad de crear un marco legal a las futuras transacciones de tierras indígenas, procurando al mismo tiempo el debido respeto a los derechos de los propietarios originales, alcanzó una nueva y definitiva forma en la ley dictada por el gobierno chileno el 4 de diciembre de 1866. Allí se establecía por primera vez la soberanía del Estado sobre los amplios territorios vacíos, estipulando además que los propietarios indígenas podrían vender sus tierras solamente al Estado. Con el fin de regularizar en términos legales la propiedad indígena, se creaba un cuerpo de ingenieros que se dedicarían a la medición y límites de las propiedades de indios, para luego hacer entrega de ellas a las distintas familias o comunidades, a través de los Títulos de Merced creados por la ley. Se reconocía el carácter común de la propiedad indígena, y se creaba el oficio de Protector de Indios con el fin de brindar protección a éstos contra abusos y transacciones fraudulentas. Las tierras que resultaron vacantes luego de la distribución entre los distintos grupos o comunidades, quedarían en manos del Estado el cual dispondría de ellas de acuerdo con las circunstancias. La ley, que en términos políticos trató de conciliar los intereses de los indígenas con los de los recién venidos colonos blancos, no hizo más que formalizar la situación de facto existente entre los ríos Bío Bío y Malleco, la cual había sido ocupada gradualmente por colonos blancos desde los primeros años de la década del sesenta. Para los jefes araucanos y las comunidades indias al sur del río Malleco, la nueva ley representaba el marco legal a través del cual

serían incorporados al Estado Nacional, en caso de ser sometidos, ya sea por medios pacíficos o militares.²³

Un año más tarde una ley similar era aprobada por el Congreso Nacional de Argentina, llamando a la ocupación por parte del Estado de los territorios pampeanos hasta el área del río Negro y río Neuquén, habitat tradicional de los guerreros de Valentín Sayhueque. La nueva ley, que proponía el traslado de la frontera militar hacia las áreas citadas, estipulaba que los grupos nómades que vagaban en la región intermedia debían ser asentados en poblados permanentes, luego que sus jefes respectivos y el gobierno nacional hubieran negociado los términos del traslado. Al igual que el gobierno de Santiago, establecía la soberanía de la Nación sobre los extensos territorios pampeanos, previniendo que cualquier intento de resistencia a la nueva ley sería castigado por la fuerza de las armas seguido por la posterior expulsión de los grupos rebeldes al sur de los mencionados ríos. Para proteger los nuevos territorios de cualquier invasión guerrera desde Araucanía, proponía la construcción de una línea de fuertes que cubrieran los pasos usualmente empleados por los "Indios Chilenos", cuya eficiencia militar sería estimulada por la construcción de una red de telégrafos que la conectarían con la capital. Finalmente autorizaba al poder ejecutivo para que contrajera préstamos con el fin de concretizar el nuevo proyecto.²⁴

Ambas leyes, intentaban formalmente extender la soberanía de las respectivas repúblicas sobre el extenso territorio indio, poniendo fin a largos siglos de autonomía e independencia. Los jefes indios, conscientes de dicha amenaza, una y otra vez expresaron sus temores. Mariano Rozas, jefe de los Ranqueles de Leuvuco, le reprochaba al coronel del ejército argentino:

"Si, Ud. no me ha dicho que nos quieren comprar las tierras para que pase por el Cuero un ferrocarril... que después que hagan el ferrocarril, dirán los cristianos que necesitan más campos al sur, y querrán écharnos de aquí, y tendremos que irnos al sur del río Negro, a tierras ajenas..."²⁵

En general, pareciera que los indios de ambos lados de los Andes consideraban las pretensiones sobre sus tierras en un mismo pie de igualdad; G.C. Musters, un aventurero inglés que convivió entre los indios tehuelches del jefe Casimiro, anotaba en su diario la conversación mantenida con un viejo guerrero, en la cual este señalaba:

"Los Chilenos estaban invadiendo la tierra, unos de un lado, y los Argentinos desde el otro..."²⁶

En Chile, relatos de viajeros indican que los jefes indios estaban castigando con pena de muerte a aquellos compatriotas que vendían sus tierras al colono blanco.²⁷ Sin embargo el proceso de

expansión, que ocurría en un período de grandes transformaciones técnicas y económicas, expresadas por la introducción de telégrafos y ferrocarriles en las áreas cercanas a la frontera, y la formación de grupos de presión en ambas capitales interesados en la pronta solución del "problema indio", parecía ser inexorable y definitivo. Desde los tempranos años de la década del sesenta, ambos Estados se habían embarcado en la fundación de pueblos y fuertes en las áreas que colindaban con el territorio indio: Tres Arroyos, Saladillo, Tapalquén, General Lavalle, Olavarría y Brandzen, son algunos ejemplos que podemos citar para Argentina. En Chile, Mulchén, Lebu, Cañete, Toltén, y la línea de fuertes construida durante esta década sobre las riberas del río Malleco.²⁸

Ante esta situación de cercamiento los jefes indios y sus seguidores se enfrentaban a un serio dilema: alienar su independencia y convertirse en peones de las nuevas haciendas, o huir hacia el interior del territorio indio, llevando con ellos las semillas de la rebelión y la guerra.

La Rebelión en Chile, 1867.

Paralelo al proceso de ocupación de tierras indígenas al sur del río Bío Bío durante el período 1857-1867, el área fronteriza chilena registró un creciente número de incidentes y choques entre las fuerzas nacionales y bandas de indios dedicadas a hostilizar a los recién venidos. Este estado de conflicto adquirió graves dimensiones tan pronto como las negociaciones sostenidas por el coronel Cornelio Saavedra con los principales jefes Arribanos, habitantes de las colinas subandinas en el área oriental de Araucanía, fueron suspendidas ante el rechazo de los negociadores indígenas a aceptar la propuesta de Saavedra de comprarles tierras al sur del río Malleco. Dichas tierras serían usadas como emplazamiento para un nuevo fuerte.²⁹

Los jefes Arribanos, conscientes de que cualquier movimiento en este sentido pondría en serio peligro la futura existencia de sus comunidades, en cuanto el bloqueo de la frontera norte les cerraba los tradicionales pasos andinos ubicados al norte del río Malleco, empeorando su tradicional posición de enclaustramiento contra los macizos andinos, extendieron mensajes a sus vecinos Abajinos, habitantes del valle central de Araucanía entre los ríos Malleco y Toltén, con el fin de formar una alianza militar para combatir los proyectos expansionistas chilenos. Los jefes Abajinos, rivales históricos de los grupos subandinos, accedieron a la propuesta, enviando el grueso de su fuerza militar a Perquenco, donde el 11 de diciembre de 1867 por lo menos 4.000 guerreros de las diferentes tribus araucanas se reunieron para marchar sobre las líneas fronterizas de la Alta y Baja Frontera.

La ausencia de documentos impide dilucidar con claridad el desarrollo posterior de los acontecimientos. De acuerdo a Lara y

Guevara, cuya opinión ha sido plagiada por Encina, los jefes Arribanos al enterarse que Cornelio Saavedra estaba dispuesto a dar una guerra total, mensaje que Quilapán, Calvucoy, Quilahueque y Lemunao recibieron mientras se preparaban a atacar la línea del Malleco, decidieron postergar la campaña, solicitando a Saavedra que les perdonara y dejara vivir en paz. En nuestra opinión, la concentración de guerreros no puede ser vista más que como un intento por parte de los jefes locales de mostrar sus fuerzas y su habilidad para negociar alianzas por sobre rivalidades históricas; la falta de preparativos militares, la ausencia de una invasión previa significativa contra áreas sensitivas de Argentina o Chile, y la estación del año, durante la cual las reservas de ganados y alimentos están virtualmente agotadas luego del largo invierno, sumado a la táctica tradicional por parte de los jefes indígenas de llevar a cabo ataques a fines del verano con el fin de aprovechar las tempranas lluvias, son factores que deben ser considerados en la evaluación de la repentina decisión de Quilapán y sus jefes. Sin embargo, dicha decisión fue temporal, como lo atestiguan los continuos ataques guerrilleros en la región fronteriza de Malleco, llevados a cabo por pequeñas bandas de guerreros dedicados al robo de ganado y caballos. El creciente número de ataques, destinados a proveer con recursos a las huestes guerreras, fueron preludio a un ataque mayor liderado por Quilapán contra los fuertes de Quechereguas y Traiguén en abril de 1868.³⁰

La intensidad del ataque, en el cual participaron 1.800 guerreros, y el carácter de la nueva rebelión, quedó expresado manifiestamente con la muerte de la guarnición completa del fuerte Traiguén, donde más de 45 soldados perdieron su vida. La reacción del ejército chileno fue rápida y efectiva; a fines de abril, una columna de 580 soldados asolaban los territorios andinos de Quilapán. Un mes más tarde el ejército fronterizo era reorganizado, creándose dos columnas, de 200 y 300 hombres respectivamente, destinadas a dar pronta asistencia a los puestos fronterizos en caso de ataque. La Guardia Nacional fue llamada a las armas, y los fuertes de Curaco y Perasco, recientemente fundados en tierras indígenas, abandonados temporalmente.³¹

En noviembre del mismo año los guerreros de Quilapán renovaron sus ataques, extendiéndolos esta vez a sus antiguos aliados Abajinos, quienes desde abril habían rehusado a participar en las nuevas campañas. Los ataques, en los cuales participaron 1.400 hombres fueron dirigidos contra la reducción de Purén de los jefes Pinolevi, Colipí y Catrileo, y los puestos fronterizos de Curaco y Perasco.

Expediciones represivas fueron inmediatamente organizadas desde la Alta Frontera, que concentraba el mayor número de soldados de línea (1.929 hombres) y contaba con mayor capacidad de fuego que la guarnición de la Baja Frontera. La incorporación de un gran número de indios Abajinos como aliados aumentó considerablemente la efectividad de la misión, que logró tomar posesión de Purén y

En enero de 1869, Quilapán aparecía nuevamente al frente de 2.000 guerreros, en un ataque concertado contra los puestos más débiles de la línea militar del Malleco, Chihuaihue y Hualehuaico, el que fue inmediatamente seguido por un intento de malón contra el área de Huequen. El gobierno de Santiago, en consideración de que la rebelión adquiriría caracteres alarmantes, presentó al Congreso un proyecto de ley en el cual se concedía un notorio aumento de los recursos militares destinados al área. En medio de acaloradas discusiones, en la cual algunos congresistas calificaron el plan de ocupación de Araucanía presentado por Cornelio Saavedra, como injusto, caro e inefectivo, el proyecto fue sin embargo aprobado, concediéndose un incremento de las fuerzas militares de 1.500 hombres.³³

Mientras se desarrollaban las discusiones en el Congreso, el Comandante en Jefe de la Alta Frontera general J.M. Pinto, continuaba sus esfuerzos ofensivos contra Quilapán, organizando por lo menos 13 expediciones contra sus territorios entre enero y mayo del año de 1869. Utilizando el sistema de malocas, las fuerzas nacionales empeñadas en una guerra de recursos, quemaron 2.000 cabañas, destruyeron sembrados y requisaron una considerable cantidad de ganado, subastados posteriormente por el ejército en los pueblos fronterizos.³⁴ El nuevo estilo de guerra, móvil y dinámico, comparable al empleado por los jefes araucanos, trasladó existosamente el escenario de guerra desde las áreas fronterizas al corazón mismo del territorio indio, asolando los poblados dispersos que carecían de una defensa efectiva y cuyos guerreros, desde que habían decidido a participar de la rebelión, vagaban por los valles andinos rehusando el enfrentamiento frontal con las fuerzas chilenas. Las nuevas tácticas, ampliamente aplaudidas en Santiago y a las cuales se refirió en elogiosos términos el Presidente de la República en su discurso de apertura del Congreso Nacional, parecían destinadas a traer paz definitiva a la frontera.³⁵

La Rebelión en Argentina

Los primeros signos de rebelión en Argentina, cuyas áreas fronterizas dedicadas básicamente a la ganadería eran periódicamente azotadas por maloqueros, se hicieron evidentes tan pronto como el gobierno de Buenos Aires decidió poner en práctica el proyecto de Mitre destinado a trasladar la frontera a los ríos Negro y Colorado. En efecto, el gobierno presidido por Dn. D.F. Sarmiento, en su intento por concretizar dicho proyecto sancionado por la ley de 1867, envió dos misiones de exploración a río Negro, una de las cuales, liderada por el coronel Julián Murga, alcanzó hasta Choele Choel. El arribo de fuerzas nacionales a Choele Choel, considerado desde tiempos coloniales como punto estratégico clave en las comunicaciones entre los grupos Huilliches del área de Toltén en Chile y río Negro y Neuquén en el lado oriental con sus

vecinos pampeanos del norte, provocó serias preocupaciones a los jefes indígenas de las Pampas.³⁶

Juan Calfucura, líder indiscutido de los guerreros y maloqueros de las Pampas, reaccionó consternado ante la expedición de Murga. En una carta escrita en 1868 al comandante de la frontera sur de Buenos Aires, señalaba:

"Tengo un sentimiento con UD. porque no me ha avisado de esta parte, de la población que han hecho en Choele Choel, pues me dicen que ya han llegado las fuerzas y que vienen a hacerme la guerra, pero yo también he mandado mi comisión para donde mi hermano Reuque Cura, para que me mande gente y fuerzas, pero si se retiran de Choele Choel no habrá nada y estaremos bien..."³⁷

La seriedad de lo afirmado por Juan Calfucura, especialmente en lo que se refiere a los mensajes enviados a Reuque Cura, que pueden ser vistos como una fanfarronada del jefe de Salinas Grandes, fue reiterado en otra carta, fechada en abril de 1869, dirigida a Barros:

"Me dice mi General que le dé a saber de la venida del hermano Reuque Cura, y que ya está en Choele Choel con 3.500 lanzas sin contar las que vienen todavía en camino, y el motivo de esta venida es por la población que se iba a hacer en Choele Choel..."³⁸

La presencia de Reuque Cura, cuya venida coincidía con un exitoso período de negociaciones entre el comandante de la frontera sur de Buenos Aires, coronel Alvaro Barros y Calfucura, durante las cuales el último había desistido de sus ánimos guerreros, introdujo un nuevo elemento de inestabilidad en el área. La intervención de Calfucura y Catriel, que ayudaron a convencer a Reuque Cura a desistir de su propósito de maloquear las fronteras, pusieron sin embargo temprano fin a la creciente tensión. Ya en 1867, una expedición similar de Reuque Cura había tenido igual fin, a cuyo epílogo Schoo Lastra agregaría que era un hecho extraordinario:

"si se tiene en cuenta que la movilización de aquellos 1.500 hombres se había efectuado del otro lado de los Andes con el aliciente del botín que harían en los campos de Buenos Aires..."³⁹

La suspensión de las operaciones por parte del ejército argentino en el área de Choele Choel, provocada por la reacción de los principales líderes de la Pampa, poco podía hacer, sin embargo, para detener el creciente número de noticias y rumores, que provenientes de la Araucanía comprometían a los jefes de Salinas Grandes, Levuco y Tandil. En su carta al coronel Barros, Calfucura agregaba:

"También me dice mi General le dé a saber a Ud. las peleas con los cristianos chilenos. El cacique Quilapán y el cacique Calfucuy, Marihual y Calfuén han peleado cinco veces y han derrotado cuatro fortines, Gualeguáico, Pecosquén, Tinaico y Marfén, y en toda la pelea se cuentan 630 muertos de los cristianos, 205 mujeres cautiva entre chico y grande, como mil animales entre vacas, ovejas y caballos..."⁴⁰

Aunque el número de victorias y chilenos muertos están claramente exagerados, Namuncura, que escribía la carta de Calfucura, describía eventos reales: los ataques contra la línea militar de Malleco en 1868 y 1869. Indudablemente recurría a exageraciones con el fin de impresionar a Barros con respecto a las fuerzas indígenas y su efectividad militar. Noticias de la guerra en Chile son también reporteadas por el coronel Lucio Mansilla, quien el mismo año en su visita a las tolдерías de Mariano Rozas, en Leuvuco, indicaba que los indios huían hacia las colinas y se preparaban para la guerra:

"porque decían que los cristianos traían un gran malón; que el Indio Blanco que había llegado de Chile, al mismo tiempo que yo, era el autor de la mala nueva; que todos estaban muy alarmados..."⁴¹

Similares noticias de la rebelión en Chile llegaban a la región de Neuquén y Limay; G.C. Musters describe en su diario la entrevista del jefe Huilliche de Neuquén, Cheoque, con emisarios de los jefes chilenos:

"Procedentes de la Araucanía misma para solicitar que los ayudara en la guerra contra Chile; al principio el se había negado a recibirlos, pero después había oído lo que tenían que decirle, y era probable que enviara una pequeña fuerza para ayudar a sus paisanos..."⁴²

Quilapán y sus principales caciques habían decidido, sin embargo, capitular la paz con el gobierno de Santiago, la que efectivamente fue formalizada el 25 de septiembre de 1869. La sorpresiva decisión de Quilapán de suspender las campañas militares puede ser interpretada de diferentes maneras; en primer lugar, y esta fue la interpretación del General en Jefe de la Alta Frontera, puede ser vista como un movimiento táctico destinado a darle tiempo para reconstruir sus fuerzas militares y políticas, gravemente deterioradas por la larga campaña y por la decisión de los jefes Abajinos de no participar en las mismas. En segundo lugar, y desde una perspectiva completamente distinta, puede ser vista como el último intento de Quilapán de asentar su predominio en el área occidental del territorio indio, apareciendo en las negociaciones como el jefe efectivo y legítimo de las fuerzas de Arauco. Su fracaso diplomático, en la formación de una confederación militar amplia que uniera las fuerzas de ambos lados de los Andes en la lucha contra el

invasor, podía ser subrepticamente cubierto en la mesa de negociaciones. La petición expresa de que el tratado de paz acordado en septiembre fuera ratificado por el Presidente de la República, en presencia de uno de sus principales y más leales caciques, Quilahueque, son testimonios de las reales intenciones de Quilapán en el contexto de las alianzas políticas internas de la Araucanía "chilena".⁴³

El tratado de Paz acordado entre las autoridades de Santiago y los grupos Arribanos, establecía en su primer punto que la causa de la rebelión pasada fue la acción maligna de forajidos blancos refugiados entre los indios. Inmediata a esta acusación, los jefes Arribanos reconocían la soberanía del estado chileno sobre la totalidad de la nación, y ofrecían respetar las leyes chilenas, declarando que el gobierno de Santiago era el mejor garante de sus derechos. Asimismo, se proponían respetar la nueva línea militar sobre el río Malleco, otorgando su autorización para que nuevos pueblos y fuertes fueran fundados en sus territorios. Finalmente se comprometían a no vender, arrendar o hipotecar sus tierras a individuos, sino al Estado.

Solicitaban por su parte, que el gobierno de Santiago designara un ministro judicial para que interviniera en sus rencillas internas, a tiempo que demandaban que los jefes fueran autorizados a mantener sus armas, y que sus hijos fueran educados por el Estado. Expresaban su confianza de que el gobierno nacional respetaría su independencia, sus propiedades, familias y bienes, amenazando que la violación de estos derechos sería vindicado por fuerza.⁴⁴

Tan pronto como el Congreso Nacional ratificó el Tratado el 16 de octubre de 1869,⁴⁵ los comandantes de los puestos fronterizos procedieron a poner en práctica sus cláusulas, demandando la pronta entrega de los forajidos blancos asilados entre los indios, además de los dos hijos del cacique para ser educados. Quilapán, considerando que Quilahueque aún no retornaba de Santiago y que era necesaria una junta general de jefes para ratificar el Tratado, se negó a cumplir con la petición expresada por el comandante de la Alta Frontera. Esta decisión, interpretada por el General Pinto como un intento de ganar tiempo para iniciar nuevas hostilidades, provocó incertidumbre a lo largo de la frontera.⁴⁶ Para impedir que Quilapán llevara a cabo sus supuestos planes, Pinto ordenó que se suspendiera toda forma de tráfico al interior del territorio indio, al tiempo que escribía a Santiago pidiendo el pronto retorno de Quilahueque.⁴⁷

Los temores de Pinto no eran, sin embargo, compartidos por el gobierno de Santiago, el cual confiado en la nueva era de paz, ordenaba que se continuaran los trabajos iniciados en la Baja Frontera, ordenando la fundación de los fuertes de Imperial, Nahuelco y Lumaco. De acuerdo a la carta enviada por el Ministro de Guerra al Comandante en Jefe de la Baja Frontera:

"La terminación de la frontera sur es el complemento del plan que se propone el gobierno para arribar a la reducción de la Araucanía i de su incorporación al resto de la República".⁴⁸

Cornelio Saavedra, por su parte, tomando ventaja de las divisiones que afectaban a Arribanos y Abajinos, llamó a los últimos a una conferencia de paz en Toltén el 24 de diciembre de 1869, la que fue atendida por 200 jefes y más de 1.200 guerreros. En su informe al Ministro de Guerra, indica que luego de la conferencia, la imagen del gobierno nacional fue robustecida; que los jefes Abajinos habían accedido a la construcción de un fuerte en Lumaco y a la designación de un Juez de Paz en lugar. Esta conferencia, sostenida por Saavedra con los principales jefes Abajinos, muestra claramente el intento de los últimos de participar de las negociaciones de paz, independientemente de los Arribanos, sus enemigos tradicionales.⁴⁹

La paz, acordada por los dos grupos principales de la Araucanía habría de ser precaria y de corta vida; dos incidentes habrían de sumir la Araucanía nuevamente al estado de tensión y conflicto permanente. El primero fue la misteriosa fuga protagonizada por Quilahueque mientras era transportado de retorno a su tierra, causando aprehensión entre los indios fronterizos, entre quienes pronto comenzaron a circular rumores en los cuales éste aparecía fusilado por un escuadrón en Santiago. Ante este acontecimiento, Montri, uno de los principales jefes de los Arribanos, y aliado de Quilapán, solicitó permiso a las autoridades para cruzar el río Malleco, y proceder a la búsqueda del fugado. Pinto, que desconfiaba profundamente de los motivos reales de los jefes Arribanos, accedió a tales peticiones, sin dejar de señalar que lo que se necesitaba era una línea dura contra los que abrigaban "siniestros planes".⁵⁰

El segundo factor, que por su carácter anecdótico no dejaba de ser menos serio, estaba relacionado con noticias cada vez más ciertas provenientes del "interior" de:

"la permanencia entre los salvajes de Orelie Antonio de Tounens, el mismo Francés que el año 1861 pretendió erigir la Araucanía en Monarquía, proclamándose Rey de los Indios..."⁵¹

El Auto Proclamado Rey de la Araucanía

La presencia de Aurelio Antonio entre los indios ha sido considerada las más de las veces como un hecho pintoresco; sin embargo, ilustra hasta que punto la independencia y autonomía del territorio indio estimulaba las ambiciones de aventureros extranjeros quienes, sumados a un gran contingente de bandidos, cuatreros y refugiados blancos jugaban un importante rol en el desarrollo de los acontecimientos políticos del área. En efecto, como señalaba Jorge Páez:

"Muchos refugiados Blancos se asentaban en las tolderías con un cierto grado de permanencia y adoptaban sin grandes dificultades el estilo de vida de los Indios, ocupando importantes posiciones políticos y militares..."⁵²

El caso de los realistas españoles que se refugiaron en los albores de ambas Repúblicas, fue seguido a lo largo de decenios por contingentes de opositores a los gobiernos respectivos, restos de los ejércitos derrotados en las pasadas guerras civiles, y desarraigados cuyas vidas entre los indios, de acuerdo con diferentes viajeros, no se diferenciaban en costumbres ni usos.⁵³

Además de estos asilados, de acuerdo a Pinto, figura un número considerable de agentes y colaboradores de los indios residentes en los pueblos fronterizos que:

"mantienen a los Indios al corriente de la distribución de las fuerzas del ejército y les procuran hombres, armas y municiones, dándoles las noticias necesarias para caer sobre los lugares más vulnerables y que presnten mayores posibilidades para la fuga..."⁵⁴

La acción de estos individuos, que en cierta medida reemplazaron el papel de los antiguos Capitanes de Amigos y lenguaraces, fue ampliamente condenada en ambas repúblicas, poniéndose el énfasis en sus actividades como la principal causa de la inestabilidad y tensión que reinaba no sólo en las regiones fronterizas, sino al interior mismo de la sociedad indígena.⁵⁵ El papel que jugaron en el desarrollo de los acontecimientos, no ha sido sin embargo suficientemente estudiado..

El segundo intento por parte de Aurelio Antonio de establecer su monarquía envolvía no sólo a los grupos del lado occidental, sino también a sus vecinos orientales. De acuerdo a Braun Menéndez, Aurelio Antonio desembarcó en Carmen de Patagones a fines de 1869. Luego de haber estado en serio peligro de perder su vida entre los indios de Choel Choel, fue rescatado por el cacique de Pritufquén, Lemunao, quien le acompañó en su larga travesía a las tierras de Chile. En el camino fue amparado por Reuque Cura, cuyos asentamientos de acuerdo con De Moussy se encontraban en el área del río Limay.⁵⁶

Luego de haber sido declarado demente por las autoridades chilenas en los primeros años de la década del sesenta, Aurelio Antonio había procedido a publicitar su caso en Europa, alegando la legitimidad de sus derechos y la completa autonomía de la región Araucana, la que había sido efectivamente declarada en su primer decreto:

"Araucanía no está subordinada a ningún otro Estado..."⁵⁷

En 1863, insistía en el mismo punto señalando:

"El Gobierno Chileno solemne y públicamente reconoce la independencia de la Araucanía, formula planes y proyecta campañas de Conquista; Pensaría en conquistarla, si esta fuese su propia tierra?"

The Times de Londres, la Revue du Monde Colonial y Les Temps de París, dieron acogida en sus páginas a tales reclamos, señalando el primero que mientras Aurelio Antonio había habitado entre los indios de Chile, había ascendido al puesto de jefe, ejerciendo considerable influencia entre ellos.⁵⁹

Tan pronto como se obtuvieron noticias de su presencia en Chile, Cornelio Saavedra, que previamente había capturado al francés en su primer intento, convocó a parlamento a los principales jefes del área sur de la Araucanía. La conferencia tuvo lugar en Toltén el 22 de enero de 1870, con la presencia de los más prominentes jefes del área, entre los cuales se contaban Neculmán, Lemunao y Railef, quienes también aparecen negociando con las autoridades de Buenos Aires, en febrero de 1869.⁶⁰

Los jefes de Toltén confirmaron durante la conferencia su lealtad al gobierno de Santiago, indicando su resistencia a pactar alianzas militares con los guerreros de Quilapán. Aún más, previniéndose de futuros ataques por parte de Quilapán, autorizaban a Saavedra la construcción de un camino que comunicara el fuerte de Toltén con el interior, el cual les serviría de protección; asimismo, expresaban sus deseos de ser incorporados al ejército chileno en caso de que los Arribanos invadieran sus tierras. Con respecto a Aurelio Antonio, confirmaron su presencia entre la gente de Quilapán, de lo cual Saavedra escribía:

"El farsante francés había llegado sólo, pero como se presentase entre estos Indios halagando sus ya premeditados intentos de sublevación i ofreciéndoles próximos contingentes de buques y soldados, aquellos habían aceptado su alianza y dirección..."⁶¹

Luego de esta conferencia, Cornelio Saavedra insistía al gobierno de Santiago, a que accediera a su proyecto de extender la línea fronteriza del sur, uniendo el fuerte Toltén con Pitrufquén; este proyecto, junto a la formación de una columna móvil de 600 hombres destinada a invadir los territorios de los moluches de Quilapán, permitiría no sólo dividir físicamente a Arribanos de Abajinos, sino también conllevaría la derrota militar de los rebeldes. En sus instrucciones al comandante de Lebu, Saavedra explicitaba su ánimo ordenándole que:

"persiga a estos y les cause el mayor daño posible en sus vidas e intereses, hasta obligarlos a someterse a las autoridades de la República y a entregar al

aventurero Antonio Orelie..."⁶²

El gobierno chileno, impresionado por los nuevos acontecimientos, decidió reanudar las campañas militares, ordenando a los comandantes Pinto y Saavedra, que requirieran de los jefes indios los cautivos y bandidos, como había sido establecido en el tratado de paz, antes de iniciar nuevas hostilidades. El tono empleado en su carta a Pinto, demuestra el ambiente de opinión que comenzaba a reinar en Santiago:

"Us. no debe olvidar que el gobierno no desea de ninguna manera ni provocar hostilidades, ni menos emprender una campaña que no estuviera justificada por la necesidad de asegurar las líneas de frontera..."⁶³

El 26 de enero de 1870, el Ministro de Guerra tomaba una línea más definitiva para poner fin al conflicto, enviando instrucciones a Pinto y Saavedra en las que se especificaba la destrucción completa de las propiedades de los rebeldes, se prohibía el ingreso de comerciantes al territorio indio, y se propiciaba la protección de los grupos indígenas aliados.⁶⁴ La nueva campaña fue iniciada con el envío al Interior de una columna de 600 hombres, en la cual participaban además un grueso contingente de guerreros encabezados por Coilla y Guirrian, y los antiguos aliados de Calfucura, Conuepán y Calvuén,⁶⁵ seguidos por una fuerza de 300 guerreros Arribanos que se dedicaron a contemplar pasivos las acciones del ejército chileno, la columna expedicionaria recorrió los territorios de Quilapán destrozando 250 ranchos y confiscando "algún número de ganados".⁶⁶

Esta expedición fue la primera de una nueva serie, resumida en la tabla 2, destinadas a crear un clima de tensión y conflicto para "obligar a los Indios insurrectos a permanecer en una vida errante". Las expediciones devastaron las propiedades de los rebeldes, sus bienes y sembrados, quemando 625 ranchos y confiscando 3.415 cabezas de ganado. El número de guerreros muertos ascendió a 65 y el de prisioneros a 67. Las tácticas de contra-malón empleadas por el ejército tuvieron un profundo efecto sobre los guerreros y sus familias, quienes al verse presionados, comenzaron a moverse hacia el Interior, y hacia el otro lado de los Andes.⁶⁷

La nueva situación fue reconocida y comentada por militares y políticos de la época. El comandante de Lebu Mauricio Muñoz, en su informe a Saavedra, la describía en los siguientes términos:

"La fuerza principal de los Indios insurrectos se encuentra actualmente diseminada por las montañas y cordillera de los Andes, lo que hace estéril su persecución con los medios de que por ahora se puede disponer, y sólo obtendremos el obligarlos a permanecer en una vida errante, lo que no todos se encuentran dispuestos a soportar, notándose la emigración de muchas familias a las Pampas".⁶⁸

TABLA 2

INCURSIONES AL TERRITORIO INDIO OCCIDENTAL REALIZADAS POR EL
EJERCITO CHILENO DURANTE EL PERIODO 1868-1871

<u>Fecha</u>	<u>Contingente</u>	<u>Localidades</u>
1868		
5 mayo	580	Colo y Chanco
17 julio	300	Huequén
17 noviembre	300	Collico y Pidenco
11 diciembre	400	De La Centinela a Lumaco y Colpi
24 diciembre	497	Colo y Chanco
28 diciembre	230	Collipulli
1869		
29 enero	375	Dillo
1 febrero	600	Chanco
10 febrero	652	Traiguén
24 febrero	1.382	De Angol a Cautín
1870		
14 marzo	425	De Quechereguas a Traiguén
26 marzo	477	De Colpi a Cautín y Quillem
27 marzo	478	De Malleco a Cautín y Traiguén
27 abril		De Curacao a Traiguén
22 mayo	523	Perquenco
6 junio	630	
15 agosto	220	Andecul
19 febrero	600	De Nielol a Chanco y Salto
1871		
6 enero	367	
8 enero	325	Curacao, río Cautín

Fuente: Memoria de Guerra (Chile), años 1870, 1871, 1872.

En Santiago, diferentes voces se levantaban para apoyar o criticar el nuevo estilo de guerra; entre los segundos, la voz de Manuel Antonio Matta adquirió relevancia al acusar al gobierno nacional de llevar a cabo una política de exterminio contra el indio. En su opinión, la migración indígena hacia las Pampas agravaba aún más la situación, ya que los expulsados habrían de luchar con los grupos locales para obtener un asentamiento más o menos definitivo. Benjamín Vicuña Mackenna, autor del tendencioso libro La Guerra a Muerte, aparecía en abierta defensa de las nuevas tácticas militares, indicando al respecto:

"En cuanto a la emigración a las Pampas, ojalá hubiera tenido ya lugar, ahorrándonos así el oro y la sangre que vamos a prodigar...ellos pasan cuando les place sus boquetes, hacen causa común con el Indio de la Pampa, el ser más horrible de la raza humana..."⁶⁹

Por su parte, el comandante Tomás Walton, quien en un informe presentado a Saavedra propiciaba la realización de una guerra de exterminio como único medio de poner fin al problema indio, se refería a estas migraciones como una expresión de su carácter bárbaro. A través de este medio, seguía Walton, los Araucanos rehuían el efecto civilizador de las ciudades de los blancos. En efecto, señalaba, desde la fundación de Mulchén, habían comenzado a emigrar hacia el sur, dejando sus tierras en manos del Estado y creando una zona de vacío demográfico en torno a la nueva línea fronteriza. Finalmente, concluía, los efectos de la última campaña habían acelerado notoriamente este proceso.⁷⁰

Efectivamente, el traslado de la frontera militar desde la línea de fuertes del río Malleco hacia Cautín, Perquenco y Chanco, territorios claves de la resistencia araucana por siglos, sembró confusión y pánico entre los líderes Arribanos. Por primera vez, después de siglos, sentían el efecto devastador de la guerra y sus nefastas consecuencias en sus propias tierras; aislados de sus aliados de la costa y del sur, e impedidos de contener militarmente la ola incesante de expediciones, sólo les cabía observar pasivamente el desdoblamiento de sus territorios y la destrucción de sus recursos. El ejército chileno había por primera vez infligido una significativa derrota a uno de los grupos que con más tenacidad y eficiencia había defendido no sólo sus tierras, sino también su libertad. La migración a las Pampas, o al Interior, era el reconocimiento tácito de tal derrota.⁷¹

El ejército chileno a lo largo de esta campaña ofensiva obtenía otros resultados: desde el conocimiento detallado de los emplazamientos de las comunidades rebeldes, hasta el reconocimiento de nuevos cursos de aguas, calidad de las tierras, distancias, que en el futuro habrían de ser empleados en la organización de nuevas expediciones. Justamente, J.M. Olascoaga, oficial argentino en servicio que acompañó una de estas expediciones, señalaba desde Villarica la que había sido redescubierta después de haber

permanecido por siglos como uno de los secretos mejor guardados por los grupos indios locales:

"Nada tendría de extraño, que el gobierno argentino cuente en este punto el apoyo que antes le ha faltado por la parte de los Andes, y consultando su propia conveniencia, buscarse el acuerdo del de Chile para ocupar desde aquella altura la costa norte del río Negro, hasta su desembocadura en el Atlántico, comenzando por combinar sus operaciones con las tropas de este lado..."⁷²

La posición estratégica de Villarica, por cuyas cercanías los indios del lado occidental se comunicaban con sus vecinos de las Pampas a través del famoso Boquete descrito por cronistas y viajeros, no había sido obviado por los militares chilenos. Cornelio Saavedra, comandante de la línea fronteriza sobre el río Toltén, considerando que cada día aumentaban las posibilidades de un ataque militar por parte de Quilapán ante su fracaso frente a las líneas fronterizas del Malleco, consideraba que el medio más seguro y "único para concluir para siempre con la Guerra de Arauco" consistía en la construcción de una línea fronteriza desde Villarica hasta Toltén, la que no sólo serviría para proteger las propiedades de los blancos del área de Valdivia y sus aliados indígenas, sino también:

"para estorbar principalmente las connivencias con los Indios de la Pampa..."⁷³

La presencia de Aurelio Antonio, junto con la posibilidad de una alianza militar entre los guerreros de Quilapán y sus vecinos Pampinos, hacían cada vez más urgentes la construcción de una línea de fuertes paralela a la Cordillera, o bien la construcción de fuertes en algunos puntos estratégicos. Todos los recursos hasta entonces empleados devendrían insuficientes si los jefes Arribanos lograban evadir las tropas chilenas y cruzar con sus guerreros a las vecinas Pampas; allí podrían reponer sus reservas, caballería y municiones, las que seguramente estaban agotadas por la duración de la última campaña. En opinión de Saavedra, la urgencia de la medida quedaba claramente demostrada en los últimos acontecimientos, de los cuales anotaba:

"Los caudillos se hallan en estrechas relaciones e inteligencias con los Indios de Ultra cordillera, y que sostener contra ellos un sistema de guerra que no tienda a dominar permanentemente el corazón del territorio de Arauco, incluso los Boquetes Andinos de comunicación con las Pampas, tendremos, o que abandonar a los salvajes a la impunidad de sus crímenes, o lanzarnos en una vía de expediciones interminables, cuyo éxito muchas veces puede ser desgraciado..."⁷⁴

Mientras los territorios de Quilapán eran devastados por las columnas militares chilenas, los indios de las Pampas organizaban una gran invasión contra la localidad de Tres Arroyos el 14 de junio de 1870. En esta oportunidad más de mil guerreros "Tapalque-neros, Salineros y Patagones" participaron en el ataque. De acuerdo a Schoo Lastra, los invasores capturaron 40.000 cabezas de ganado y más de 10.000 caballos, dejando atrás 16 soldados muertos y 14 desaparecidos.

El ataque contra Tres Arroyos exacerbó la opinión pública bonaerense contra el indio; la recientemente fundada Sociedad Rural Argentina y el gobernador de Buenos Aires coincidían en ofrecer al gobierno nacional su más decidido apoyo en armas y recursos para traer paz y estabilidad a las áreas fronterizas. El Ministro de Guerra, rechazando acusaciones e imputaciones referentes a la creciente inestabilidad de las áreas fronterizas, demandaba por su parte que el Congreso Nacional pasase una nueva ley complementaria a la de 1867, destinada a financiar una campaña contra el "salvaje" de la Pampa. La ley complementaria fue efectivamente aprobada, sin embargo, sus efectos concretos fueron postergados ante la necesidad que enfrentó el gobierno nacional de movilizar sus tropas al área de Entre Ríos para sofocar la rebelión civil liderada por López Jordán. El impacto de esta rebelión sobre los magros recursos militares, cuyas fuerzas estaban ya agotadas por la pasada guerra en Paraguay, no tardó en dejarse sentir sobre las guarniciones fronterizas, que desde ese momento quedaron en manos de la Guardia Nacional.⁷⁵

Los líderes indígenas, al tanto de los acontecimientos políticos, y siempre dispuestos a sacar ventaja de ellos, no tardaron en aprovecharse de la nueva situación, organizando un ataque contra la localidad de Carmen de Patagones, el 3 de octubre de 1870; este ataque fue inmediatamente seguido por una invasión contra Bahía Blanca liderada por Namuncura, del grupo de Calfucura; el número de guerreros que participaron en esta invasión ascendió a 2.000 hombres que se dedicaron al robo y pillaje de las propiedades de los colonos blancos. De acuerdo a G.C. Masters, la invasión fue precedida por una serie de negociaciones diplomáticas entre los líderes de Salinas Grandes, Neuquén y Río Negro durante las cuales Sayhueque y Casimiro no sólo se negaron a participar, sino que ordenaron a Calfucura que limitara su ataque solamente a los territorios de Bahía Blanca. Masters, que estuvo presente en la conferencia en la cual se tomó esta decisión, especula que la causa en la actitud de Sayhueque y Casimiro, podrían ser los cálculos que ambos hicieron del posible botín que harían en Bahía Blanca, del todo inferior a lo que podían conseguir por vías pacíficas de las autoridades argentinas.⁷⁶

A fines de 1870 Calfucura decidía por su parte suspender su campaña y negociar la paz con el gobierno de Buenos Aires; igual camino tomaron los jefes Cipriano Catriel y Calfuquir de Tandil,

quienes firmaron un tratado de paz con las autoridades argentinas, en el cual se establecía que ambas partes colaborarían en prestarse asistencia militar en caso de rebeliones internas, o invasiones desde el exterior. El nuevo tratado concedía a Catriel la representación de los grupos indígenas de las regiones fronterizas de Buenos Aires, institucionalizando el papel de auxiliares de sus guerreros que participaban en campañas del ejército. La posición de relativa importancia que el tratado concedía a Catriel, fruto de la intervención del comandante de la frontera sur de Buenos Aires, coronel Francisco de Elías, que claramente desequilibraba la balanza de poder y ascendencia política entre los diferentes grupos indígenas, habría de ser, paradójicamente, la fuente de nuevas tensiones en el área.⁷⁷

EL PARLAMENTO DE PUREN, 1871

En Chile se registraba una situación similar, formalizada oficialmente durante la conferencia de paz sostenida por Cornelio Saavedra con los principales líderes del área de Purén el 21 de enero de 1871. Durante esta conferencia, demandada por los jefes para procurarse protección militar contra un posible ataque de los guerreros de Quilapán, se accedió a la construcción de un fuerte en Lumaco, el cual no sólo los defendería de sus belicosos enemigos, sino que también serviría como centro de comercio para el área. Saavedra prometía por su parte la fundación de una escuela en las proximidades del fuerte, lo que fue entusiastamente acogido por los líderes indígenas. Saavedra informaba:

"Como se ve, los Indios han mostrado una vez más que la confianza que siempre he procurado inspirarles en nuestra protección y estricta justicia, es el agente principal de su sometimiento y civilización futura".⁷⁸

Cornelio Saavedra, cercano a cumplir diez años de actividades oficiales en el área y buen conocedor de los problemas de la región, insistía en su informe al Ministro de Guerra en las diferencias que separaban a Abajinos de Arribanos, describiendo los primeros como pacíficos, agricultores y criadores de ganado, mientras los segundos, de carácter nómada, se dedicaban al saqueo de sus vecinos. La construcción de un fuerte en Lumaco, que procuraría la defensa y protección de los indígenas de Purén, debía, en su opinión, estar conectada directamente con la línea fronteriza del río Toltén, para extender dicha protección a la provincia de Valdivia.

"Cada día se hace más necesaria y apremiante la ocupación total de la ribera sur del río Toltén, pues a la necesidad de realizar paz en Arauco y garantizar la provincia de Valdivia, hoy se agrega la de precaverse contra el nuevo i peligroso incremento que desde un año a esta parte se

ha notado en las relaciones de nuestros Indios, con los de la Pampa por el boquete y paso permanente de Villarica..."⁷⁹

La decisión adoptada por los jefes de Purén, entre los cuales figuran algunos que por primera vez entraban en contacto con los "chilenos", de asentar la paz con las fuerzas militares de Chile difícilmente pueden ser entendidas si se le considera en un plano aislado: junto a sus deseos debe considerarse la reticencia mostrada por los jefes de Neuquén y Río Negro a unirse a la guerra de guerrillas e invasiones organizada desde Salinas Grandes. Calfucura, que logró asentar y estabilizar su posición en las Pampas, gracias a la solidaridad militar brindada por Mañil y sus principales jefes, se había convertido no sólo en una avanzada de estos sobre las Pampas, sino que emergía, desde la década del 40, como un considerable desafío a los jefes locales, proceso que sólo puede ser comparado al desarrollado en el lado occidental por los jefes Arribanos del área subandina. El creciente prestigio derivado de la tenaz resistencia opuesta al colonizador blanco, combinada con el hábil manejo de las relaciones políticas con los grupos étnicos que sobrevivían a través del territorio indio, convertía a Calfucura y Quilapán en líderes indiscutibles a ambos lados de los Andes, en desmedro de los jefes Abajinos, Huilliches y Huilliches Manzaneros.

La oportuna intervención de los respectivos gobiernos nacionales, que tendieron a formar alianzas con jefes menores de grupos en extinción que carecían de una base sólida para sustentar sus posiciones políticas, actuó como un factor externo que generaba desequilibrio y tensión; interesados en establecer la paz en sus respectivas fronteras, ambos gobiernos tendían a formar estas alianzas con el fin de asegurarse la lealtad de diferentes jefes ante la eventual discusión que serviría de preludeo a la disputa territorial en que se hallaban envueltos desde los primeros años de la década del cincuenta. Sin embargo, su impacto se hacía sentir a través del territorio indio, dentro del cual Arribanos y Abajinos se disputaban la supremacía y trataban de ganarse a Ranqueles, Pehuenches, Picunches, Juncos y Patagones, además de los grupos Serranos del área inmediata a Buenos Aires, para consolidar dicha supremacía.

La posición de los grupos Arribanos y sus jefes, y la posibilidad de formar una alianza amplia bajo su liderato debía superar una dificultad esencial: la división física que separaba a los diferentes grupos, las más de las veces habitado por sus tradicionales enemigos Abajinos o Huilliches. Así, cualquier comunicación entre los diferentes grupos se veía impedida a no mediar la cooperación de los jefes locales. A esto se agregaba el creciente aislamiento de los Arribanos como resultado de la expansión blanca y la ocupación militar de la ribera norte del río Malleco que obstaculizaba los pasos tradicionalmente usados desde los tiempos coloniales en las cercanías de Antuco. El optimismo mostrado por

Saavedra ante la actitud asumida por los jefes de Purén habría de ser frustrado por el ataque que los grupos Arribanos de Quilapán llevaron a cabo contra la frontera del Malleco. A principios de enero de 1871, una fuerza de 500 guerreros saqueaban los asentamientos blancos de Collipulli, mientras otra fuerza similar mantenía escaramuzas con los soldados de los puestos fronterizos. De acuerdo al informe enviado por Pinto, más de 1.500 guerreros habían participado en el ataque, liderados por Quilapán, Montri y el aventurero francés.

"En sus ataques no es difícil conocer que no ha predominado un plan fijo y bien combinado..."⁸⁰

Este ataque habría de ser el último realizado por Quilapán contra las fuerzas fronterizas; militarmente derrotados, con sus reservas materiales exhaustas, presionados por las continuas expediciones contra sus asentamientos, existían escasas esperanzas de victoria; a ello se sumaban la paz acordada entre el gobierno de Chile y los jefes Huilliches, que consolidaba el aislamiento de los jefes Arribanos en lo que dice relación a la "Araucanía Chilena". Enfrentados a la necesidad de poner fin al conflicto, Quilapán y sus principales capitanes tomaron el camino del compromiso, enviando a Quilahueque a negociar la paz en julio de 1871.

El gobierno de Chile no tardó en aprovechar la oportunidad para establecer la tranquilidad en el área, concluyendo un tratado preliminar con Quilahueque a través del nuevo Comandante en Jefe de la Alta Frontera, coronel Federico Gana. El tratado preliminar coincidía en sus términos con el de 1868, poniendo especial énfasis en la presencia de extranjeros y bandidos en la región, quienes nuevamente eran sindicados como el origen de los pasados enfrentamientos. Luego de ser ratificado por el Ministro de Guerra en Santiago, quien expresó su descontento por la cláusula número 8 del mismo, que autorizaba el castigo de crímenes cometidos entre indios de acuerdo a la ley tradicional de la tierra, Admapu, lesionando la autoridad de las instituciones de la República, el tratado fue presentado a Quilapán y sus capitanes para su firma final.⁸¹

Quilapán y los jefes Arribanos, luego de largas negociaciones, aceptaron trasladarse a Collipulli con el ánimo de acordar formalmente la paz. El repentino cambio de lugar propuesto por Quilapán, Collico en vez de Collipulli, impidió la realización de la conferencia, en cuanto Basilio Urrutia, recientemente nombrado Comandante en Jefe de ambas fronteras, no aceptó la nueva propuesta de Quilapán.⁸² Este por su parte insistió en sus genuinos deseos de mantener la paz y expresó sus esperanzas de que los actuales obstáculos se superaran en el futuro cercano. Ofrecía finalmente mantener la paz en sus territorios, aún cuando no se firmara el tratado. El ofrecimiento fue aceptado por Urrutia, quien señalaba más tarde al Congreso:

"Tanto o más vale la paz de hecho existente, fundada en

el respeto a nuestras guarniciones militares y en el temor de nuevos desastres, como la que garantida por tratados sólo pudiera mantenerse a fuerza de tolerancia y contemplaciones".⁸³

Junto a estas negociaciones, el gobierno de Santiago decidía suspender la construcción de la nueva línea de fuertes sobre el río Toltén, iniciada por Saavedra con la colaboración de los jefes indios del área en 1870; en la opinión del nuevo Ministro de Guerra:

"El adelanto de la línea de frontera al Cautín, o la ocupación completa de la Araucanía, presentaría por el momento inconvenientes que harían costosa y difícil esa empresa..."⁸⁴

Esta decisión, que posponía en un momento crucial la ocupación del territorio indio del lado occidental, no era solamente el resultado de los cambios políticos originados en la capital en 1870,⁸⁵ sino que era expresión del creciente optimismo que provocaba en los grupos dirigentes el proceso de modernización que desde la década anterior había comenzado a sacudir a la sociedad chilena.⁸⁶ El crecimiento de la población en la ribera norte del río Malleco, que solamente en Angol y Mulchén ascendió en el período 1869-1870 a más de 1.500 habitantes, con un aumento notorio de las solicitudes por tierras hechas por los nuevos colonos, la construcción de una línea telegráfica que conectaba a la ciudad de Concepción con la línea de fronteras sobre el río Malleco, y la introducción de armamento moderno, rifles Martini-Henry y carabinas Spencer, cuya efectividad había sido apreciada no sólo en Chile sino también en la frontera india de Norte América, además de la introducción de buques a vapor en los ríos del sur, sumados a la próxima llegada de los ferrocarriles, eran aspectos locales del proceso de modernización que servirían de base en el futuro para ocupar el territorio Araucano.⁸⁷ De acuerdo al Ministro de Guerra, en el futuro cercano:

"La sujeción completa de la Araucanía no presentará entonces los inconvenientes con que tropezará en el día y será llegado el momento de hacer un último esfuerzo para dar a nuestro territorio la unidad que, tanto al buen gobierno interior como nuestra seguridad respecto de las naciones extranjeras, exigen".⁸⁸

La decisión del gobierno de Santiago ponía fin a los proyectos de Saavedra, cuya coherencia y vinculación a la realidad local eran notables. J.M. Olascoaga, el oficial argentino que colaboró con Saavedra durante 1870 y que más tarde participó en la campaña organizada por J.A. Roca contra el Araucano en las Pampas, criticaba en 1881 la medida con términos muy duros:

"Comprendían perfectamente que una vez coronada la obra de Saavedra, los Araucanos quedarían suprimidos

en Chile como gobierno aparte o autonómico, y entonces la responsabilidad ostensible de las introducciones de ganados robados, tenían que caer sobre las autoridades civilizadas...pero la situación antigua mantenía abierta e irresponsable la entrada anual en Chile de 200.000 cabezas de ganado vacuno y caballar, y bien valía la pena de entreterla".⁸⁹

LA REBELION EN ARGENTINA EN 1871

Mientras los indios de Araucanía acordaban mantener la paz con las autoridades de Chile, en Salinas Grandes y Leuvuco se organizaban diferentes expediciones para asolar las estancias fronterizas de Buenos Aires. Desde mayo a diciembre de 1871, bandas formadas por más de 200 guerreros invadieron alrededor de 20 veces las localidades occidentales de la provincia, con el fin de proveerse de ganados y caballos. La tabla 3 describe estas malocas, una de las cuales incorporó a 800 guerreros, de acuerdo con las versiones oficiales.

La falta de medios materiales, especialmente caballos, que sufría el ejército fronterizo, impedía que dichos asaltos fueran reprimidos eficientemente. Como señalara el general I. Rivas:

"Si el botín capturado por los Indios ladrones no ha sido recuperado y ellos no han sido castigados como se debe, es por la falta de caballería".⁹⁰

Una situación similar describía el comandante de la frontera norte y occidente de Buenos Aires:

"Como Ud. puede ver no ha sido posible hacer más por la falta de caballos..."⁹¹

Esta falta crónica de cabalgaduras, que en ningún sentido podían igualar a las usadas por los Araucanos, quienes entrenaban éstos para que enfrentaran las situaciones más adversas, era agravada por la falta de preparación y entrenamiento de los soldados o milicianos que servían las líneas de fronteras como miembros de la Guardia Nacional.

"La mitad de los hombres que lo componen son extranjeros, (Napolitanos) completamente inútiles para el servicio de fronteras, por ser enfermos una gran parte y no saber montar a caballo ninguno".⁹²

El carácter mismo de la frontera, abierta y extensa desde el punto de vista físico, carente de una barrera natural que permitiera ejercer cierto control sobre los movimientos de indios, incoherente y desorganizada desde el punto de vista militar, impedía que el rol

TABLA 3

ATAQUES INDIOS CONTRA LAS FRONTERAS DE ARGENTINA DURANTE 1871

<u>Fecha</u>	<u>Número de Guerreros</u>	<u>Fuertes y Villas Atacados</u>
mayo	800-1.000	Córdoba, San Luis, Norte de B. Aires
junio	350	Mendoza, San Luis, sur de B. Aires
24 agosto	50	Fuerte Diamante
25 agosto		Fuerte Charlonne
25 agosto	50	Fuerte Río Cuarto
27 agosto		Fortín Nuevo
28 agosto	80-100	Frontera sur de B. Aires
14 setiembre	100	Fortín Sarmiento
25 setiembre		Córdoba
29 setiembre	100	Fuerte Charlonne
4-6 octubre	100	Fortín C. Colón, Fuerte Charlonne
20 octubre		Fuerte Charlonne
28 noviembre		Fuerte Río Cuarto y Fraile Muerto
15 diciembre	400	Fortín Díez, Fraile Muerto y Fuerte Gainza
19-20 diciembre	140	Fuertes C. Fraga, Primera Laguna y Charlonne
21-22 diciembre	30	Bahía Blanca
20 diciembre	20	Fuertes Rodríguez y Reunión
27 diciembre	30	Patagones
31 diciembre		Sauce Corto

Basado en: Memoria de Guerra (Argentina), 1871 y 1872; J.C. Walther, op.cit., pp. 446-450.

de dichos Blandengues y milicianos fuese más efectivo en contener las bandas de guerreros que atacaban indiscriminadamente las localidades desde Mendoza hasta Patagones. Su número, que en esta época ascendía a 6.182 hombres, tenía que proveer fuerzas a 115 fuertes, fortines y posiciones fronterizas, estaba además sujeto constantemente a deserciones, enfermedades y traslados forzosos; envueltos en pendencias regionales, y sujetos a la voluntad administrativa de sus respectivos oficiales, poco podían ofrecer, más si se considera que para todo el contingente no existían más que 5.342 rifles y carabinas, que difícilmente podían competir con las, aún cuando rudimentarias, eficientes armas indígenas.⁹³

Los ataques organizados desde Salinas Grandes y Leuvuco no disminuían, ejerciendo una creciente presión sobre las fronteras bonaerenses no igualada desde 1865, ayudaban también a crear un clima de tensión cuyos resultados no se dejaron esperar. En mayo de 1871 los jefes Pampas Manuel Grande, Calfucir y Chipitruz se rebelaron contra su jefe general Cipriano Catriel. Los orígenes de la disputa no están claros, aún cuando los podemos atribuir al fraccionalismo interno que constantemente afectaba a las localidades indígenas del área, que presionadas por sus vecinos Araucanos, de una parte, y de la otra por los oficiales del ejército argentino, tenían que decidir entre ambos. La rebelión de los tres jefes mencionados provocó la intervención del comandante argentino Francisco de Elías, quien, en cumplimiento de lo acordado con Catriel en octubre de 1870 de defenderse mutuamente contra enemigos comunes, envió un contingente de soldados para derrotar a los rebeldes. En su informe de Elías se refería al ataque realizado contra las tolderías de los rebeldes, donde confiscaron sus ganados y capturaron las familias de los guerreros rebeldes para incorporarlas al grupo de Catriel.⁹⁴

En su informe de Elías confirma la situación descrita más arriba: el que los indios de Tandil estaban siendo presionados por sus vecinos del occidente, para que les proveyeran alimentos y ganados para la próxima estación invernal. En sus palabras:

"Las fuerzas enemigas consistían de 500 indios, incluyendo 80 Chilenos que estaban en las tolderías habiendo venido a comerciar y a quien ellos obligaron a tomar parte en la lucha..."⁹⁵

Los líderes rebeldes huyeron de sus tolderías para buscar refugio en Azul y en las guarniciones de la frontera oeste de Buenos Aires. Allí expresaron su lealtad al gobierno argentino, protestando ardientemente contra la intervención de Elías en sus problemas internos.⁹⁶ El gobierno central, apenas informado de los acontecimientos, aprobó la conducta de Elías, ordenando además el encarcelamiento de los indios que buscaron refugio en los puestos fronterizos. Alvaro Barros, coronel del ejército argentino, describía más tarde el traslado de 300 indios para el servicio de las líneas fronterizas, y el envío a Diego García de los principales

líderes y capitanes de los rebeldes, criticando severamente las acciones de de Elías. En su opinión la acción de de Elías estimularía la inestabilidad y creciente tensión en las fronteras:

"Calfucura se manifestaba siempre enemigo de Manuel Grande y los otros, lo mismo que de Raniqueo, y estos de aquel, pero comprendiendo unos y otros que el interés común los llama a unirse contra nosotros, lo han hecho siempre que incurrimos en el error de provocarlos a la guerra".⁹⁷

Efectivamente, el 5 de marzo de 1872, una fuerza compuesta por 6.000 guerreros comenzó a invadir coordinadamente las estancias occidentales de Buenos Aires, pasando a través de San Carlos, Alvear y 9 de julio. Los líderes eran Calfucura, Epumer, Reuque Cura, Pincen y Namuncura. Como señalaba en su informe el general encargado de contener esta invasión:

"A esta jornada, Sr. Inspector, han concurrido coaligados todos los Indios del Desierto: pues se hallaban allí los Ranqueles, los Reuque, los Pován, y la tribu de Calfucura".⁹⁸

Según el propio Calfucura, la causa de la invasión era vengar:

"La gran picardía que hicieron con Manuel Grande y Chipitrus y demás Capitanes y en fin de muchas picardías que han hecho con los soldados de Manuel Grande, y creo le mandaré hacer lo mismo a Raniqueo, y por este motivo me llevo al cacique Raniqueo porque Uds. no lo vuelvan a hacer con él...".⁹⁹

Sin duda el incidente protagonizado por Catriel y de Elías contra Manuel Grande, Chipitruz y Raniqueo aceleró la invasión contra Buenos Aires, proveyendo una justificación a Calfucura para organizar una acción combinada contra el gobierno argentino. En su larga lucha por conseguir el liderazgo absoluto de las fuerzas guerreras de las Pampas e inmerso en un ambiente de negociaciones en las cuales los jefes del lado "chileno" presionaban para obtener su solidaridad, Calfucura aparecía a la cabeza de una nueva alianza militar formada por los guerreros de Reuque Cura, Mariano Rozas, Catricura y Epumer. Sus enemigos no eran sólo las fuerzas del ejército fronterizo, sino también los seguidores de Catriel, Coliqueo y otros jefes menores, que habían decidido aliarse con las tropas gubernamentales.

De acuerdo con Zeballos, la reacción de Calfucura debe ser vista a la luz de los progresos que la civilización había hecho en los últimos años.

"parecía necesario salir a su paso, declarando la guerra y moviendo las huestes Araucanas sobre las campañas pobladas del Oriente".¹⁰⁰

Una u otra interpretación no son contradictorias; al contrario, ambas tienden a confirmar el proceso que hemos intentado describir en estas páginas: la desintegración de las parcialidades menores enfrentadas al avance sostenido de las fuerzas blancas desde Chile y Argentina y la consolidación de los Araucanos "chilenos" como líderes de la lucha contra dicho avance. La resistencia mostrada por algunos seguidores de Catriel al momento que éste unía sus fuerzas con las del general Rivas para reprimir la invasión de Calfucura, y la participación entre las fuerzas invasoras de tan variado número de guerreros, son elementos que indican hasta que punto este proceso había alcanzado hasta las parcialidades "Araucanizadas" de las Pampas.

Tan pronto como llegaron noticias de la invasión, Ignacio Rivas comenzó los preparativos para reprimirla, reuniendo un contingente de 500 hombres, asignados a la frontera sur y sur-oeste de Buenos Aires, los que fueron aumentados por 800 guerreros de Catriel y Coliqueo. En San Carlos, la columna fue engrosada por los contingentes de la frontera oeste bajo el mando del coronel L. Boers, constituyendo un número total de 1.800 hombres, entre soldados y auxiliares indios. Como hemos señalado anteriormente, estos últimos opusieron resistencia a participar en la represión de Calfucura, sublevándose primero, y luego rehusando a luchar en plena batalla, hasta ser obligados por un cuerpo de fusileros.¹⁰¹

Al amanecer del 8 de marzo, Calfucura comenzó a retirarse con sus hombres hacia Salinas Grandes. Mientras un contingente de guerreros se encargaba de conducir el ganado robado en los pasados días, 3.500 indios se preparaban a enfrentar la columna del general I. Rivas en las cercanías del fuerte San Carlos. E. Zeballos describía la formación de los indios así:

"A la Derecha:	división Chilena	1.000 lanzas	jefe Reuquecura
Centro:	Salineros	1.000 lanzas	jefe Catricura
A la Izquierda:	Aliados de Neuquén y Chile	1.000 lanzas	jefe Namuncura
Reserva:	Ranquelinos	500 lanzas	jefe Epumer" ¹⁰²

La batalla, cuya importancia en los anales de la historia militar de los indios de la Pampa ha sido reconocida por diversos autores, duró por varias horas, terminando con la persecución de grupos aislados de guerreros que huían en diferentes direcciones, luego de haber opuesto abierta resistencia, táctica no empleada comunmente en sus ataques. El general I. Rivas escribía en su informe que el ejército había logrado recuperar 60.000 cabezas de ganado, 16.000 caballos y un gran número de ovejas; en el campo de batalla habían quedado más de 200 indios muertos, mientras el de los soldados y aliados se reducía a 34, a los que se sumaban 16 heridos. Optimista ante el resultado del enfrentamiento, Rivas señalaba:

"Felicito pues al gobierno por intermedio de U.S. por tan

plausible acontecimiento, con el cual se ha quebrado por primera vez, y acaso por siempre, el poder salvaje de Calfucura que por tan dilatados años ha sido el azote devastador de nuestras fronteras".¹⁰³

En su discurso al Congreso Nacional, el Presidente Sarmiento, elogiando el nuevo sistema de defensas que había compelido a Calfucura a organizar una operación a gran escala, se refería con optimismo a la nueva situación, "por el completo escarmiento que experimentó". (Calfucura)¹⁰⁴

Establecer si las fuerzas de Calfucura fueron derrotadas o no, a pesar del optimismo reinante en la capital bonaerense, está más allá del objetivo de este artículo; sin embargo, considerando la magnitud de la invasión, el gran número de guerreros que participó y los recursos empleados por sus líderes, quienes destacaron sus fuerzas al saqueo y robo de ganados y propiedades, protegidos por una retaguardia que posibilitó el traslado del botín al interior del territorio indio pampino, puede plantearse que la operación misma estuvo dirigida a obtener recursos, ganados, caballos, provisiones, a más de hacer una muestra de poder a las autoridades locales, que a presentar una batalla a gran escala. En otras palabras, su objetivo fue más bien logístico y político que militar, aún cuando las tres dimensiones se confunden en su desenvolvimiento y realización. La decisión tomada por los líderes de Salinas Grandes, Neuquén y Levuco de dirigir sus contingentes contra un área eminentemente ganadera, más que a la frontera militar, provee elementos para esta interpretación. La carta enviada por Calfucura al comandante del fuerte San Carlos, en que éste recomendaba que no le opusieran resistencia, mientras sus hombres transportaban más de 200.000 cabezas de ganado, y cerca de 500 cautivos, confirma esta hipótesis.¹⁰⁵

La presencia de guerreros provenientes del lado "chileno" entre las fuerzas que enfrentaron a Rivas, que de acuerdo a R. Múniz ascendían a 2.000 hombres, es un hecho que, de un modo definitivo, aclara las intenciones de Calfucura y los jefes que le acompañaron en su invasión.¹⁰⁶ La participación de estos "indios chilenos" agrega una dimensión insospechada a la invasión, que hasta ahora ha sido interpretada como un hecho aislado, fuera del ambiente de tensión existente durante el período a través de todo el territorio indio, provocado por la rebelión que Quilapán y sus capitanes llevaban a cabo contra el gobierno de Chile, cuyas repercusiones no se hicieron esperar sobre sus vecinos de las Pampas. Desde ésta perspectiva, las acciones de Calfucura y sus aliados aparecen como el resultado de la influencia y presión que Quilapán y sus seguidores ejercían sobre el líder de Salinas Grandes, a quien no sólo habían ayudado personalmente a consolidar su posición en la década del 40, sino también habían continuado ofreciendo su ayuda militar. Como señalara el propio Calfucura en carta al coronel Barros en 1869, Quilapán deseaba ese año firmar un tratado de paz con las autoridades chilenas:

"Pero él quiere primero venir a pelear en esta parte de la Argentina y quiere venir a colocarse entre los Ranqueles con 3 mil lanzas dejando 5 mil más en Collico..."¹⁰⁷

Si los guerreros de Quilapán cruzaron o no los Andes para unirse a la gente de Calfucura es un evento que permanecerá oscuro hasta que se encuentren nuevas fuentes. Sin embargo, el prestigio adquirido por Quilapán a través del cono sur del continente está fuera de toda duda. Años más tarde, en 1875, Francisco P. Moreno describía una reunión en las tolderías de Nancucheuque, en la cual un indio refirió a una concurrida audiencia la guerra que los "indios chilenos":

"sostienen desde hace más de tres siglos, y concluyó casi llorando al relatar la muerte del valiente Quilapán, cacique que había hecho correr mucha sangre cristiana..."¹⁰⁸

La influencia política que desde Araucanía podían ejercer los jefes indígenas sobre sus vecinos orientales habría de ser estimulada por la creciente migración a las Pampas de importantes contingentes araucanos que, agotados por la continua campaña que el ejército chileno llevaba a cabo contra sus asentamientos, buscaban refugio en Neuquén, Leuvuco o Salinas Grandes. Este proceso, ya descrito más arriba, fue observado por las autoridades argentinas. El comandante de Carmen de Patagones, en la desembocadura del río Negro, describía esta migración en 1869:

"La gran cantidad de Indios que están viniendo de Chile a establecerse crea una alarmante situación para la provincia de Buenos Aires, que quizás nunca ha tenido una reunión igual de Indiadadas..."¹⁰⁹

El informe del comandante de Carmen de Patagones era corroborado por uno del intendente de Valdivia, quien en 1868 señalaba:

"Un buen número de nuestros Indios contráen relaciones con aquellos, y emigran con sus familias para establecerse en medio de sus nuevos amigos y parientes instigados por el cebo de los ganados que adquieren en el pillaje..."¹¹⁰

En otra sección el intendente, luego de describir amplias zonas fértiles deshabitadas en el área de Villarica, y en las cuales existían rastros de haber sido abandonadas recientemente, agregaba con respecto a las causas que podían haber provocado tal abandono y desolación:

"Las enfermedades nuevas que trajo consigo la conquista.. el abuso de los licores expentuosos y el tráfico que mantienen con sus compañeros de la Pampa, a quienes prestan auxilio en sus malones..."¹¹¹

En este contexto no es difícil aceptar la presencia de un contingente de guerreros "chilenos" entre las fuerzas de Calfucura al momento de que éste enfrentó a la columna del general Rivas. El publicista argentino Zeballos, quien entrevistó a los jefes Catriel, Platero, Campan, Huenquir, Nehuel Pichi, y al hijo de Calfucura, Namuncura, concluía que la presencia de los chilenos era un hecho demostrado. En sus palabras:

"Calfucura, obeso, viejo y vencido murió de pena pocos meses después en su toldo de Chilhue, mientras sus aliados caminaban hacia Chile a negociar el botín que tan caramente habían pagado..."¹¹²

No es sorprendente llegar a la conclusión de que los indios del lado occidental acompañaban en sus malones a los indios de las Pampas, cuando estos atacaban las áreas rurales de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza. En Chile tres años de guerra continua, durante los cuales el ejército logró trasladar el escenario militar desde las líneas de fronteras y las haciendas de los valles centrales al "corazón mismo de la Araucanía", llevando consigo no sólo el azote de la guerra sino la destrucción de las reducciones indígenas, habían finalmente agotado los recursos, tanto de animales como de granos y provisiones. La dislocación de la economía indígena, con su consiguiente impacto desestabilizador, tanto económico-político como social, ponía a los líderes rebeldes ante dos posibilidades: la del compromiso y la negociación diplomática con las autoridades chilenas, o bien, y este segundo camino no se oponía al primero, proceder al establecimiento y consolidación de alianzas militares-políticas con sus vecinos. Quilapán y sus capitanes eligieron el primer camino en diciembre de 1869, y de un modo más definitivo en 1871, capitulando la paz con las autoridades de Chile, mientras enviaban mensajeros a los principales líderes de las Pampas, Neuquén y Patagonia, con el fin de establecer una alianza militar. Su efecto sobre los grupos orientales fue considerable: no sólo se comprometía a éstos a que proveyeran refugio a los migrantes, sino también se ejercía presión para que suministraran recursos para mantener la guerra.

En las Pampas, ante el asilo de gruesos contingentes humanos, los medios de subsistencia comenzaron a escasear en la misma medida que aumentaba la inmigración de Araucanos del lado chileno. Esta escasez de recursos se convirtió rápidamente en causa adicional de las malocas realizadas contra las haciendas ganaderas fronterizas, las que notoriamente aumentaron desde 1868, para concluir con la invasión combinada contra las localidades de San Carlos, Alvear y 9 de Julio. A ello se unía el creciente desarrollo de fricciones inter-étnicas y antagonismo político, manifestaciones particulares del estado de tensión y conflicto provocados por el proceso de "Araucanización" de las Pampas durante el siglo XIX.¹¹³ En este contexto, las invasiones descritas en las páginas previas, y que afectaron a las fronteras de Buenos Aires, fueron la respuesta que los líderes locales y sus seguidores pensaron convenientes: a

través de ellas no sólo obtenían recursos materiales, sino que también hacían una demostración de sus habilidades políticas y diplomáticas.

Ellas también representaron el resultado de un esfuerzo común y coordinado realizado por los líderes Arribanos y sus aliados de las Pampas, de agrupar sus guerreros bajo un mando homogéneo, constituyendo eventualmente una de las empresas más espectaculares emprendidas a través de los Andes. La muerte de Calfucura, ocurrida pocos meses después de la invasión de San Carlos, y la derrota sufrida por Quilapán a manos del ejército chileno el año anterior, fue para los jefes y guerreros de oriente y occidente un serio e insuperable obstáculo: allí morían las posibilidades de afianzar una alianza a través de los pasos andinos capaz de contener el avance de los blancos. Su potencialidad política y militar al interior del territorio indio habría sido incuestionable, al tiempo que hacia el exterior habría tenido un considerable impacto sobre las relaciones establecidas entre los diversos grupos y los respectivos gobiernos nacionales, y sobre las relaciones que estos mantenían entre sí. La muerte de Calfucura marcó no sólo el fin de la rebelión iniciada en 1867 en Chile, cuya etapa final le tocó liderar en los llanos de San Carlos, sino también el principio del fin de la independencia indisputada que gozaron por siglos los araucanos y sus aliados orientales.¹¹⁴

EPILOGO

A modo de epílogo quisiera enfatizar un aspecto central de la tesis presentada a través de las páginas anteriores: que los Araucanos y sus aliados de las Pampas gozaban de plena independencia y autonomía política, con respecto a los gobiernos de Buenos Aires y Santiago. Sus territorios componían una entidad autónoma limitada por diferentes tipos de fronteras, en algunos casos natural, en otros militar, y en otros política, dentro del cual los líderes indígenas llevaban a cabo sus acciones. Estas acciones expresaban fundamentalmente procesos intestinos (cambios en la balanza de poder político, redistribución geográfica del mismo, crecimiento demográfico en algunas áreas incrementado por las migraciones internas, surgimiento de líderes menores propensos al desarrollo de nuevos pactos y alianzas militares), los que de un modo u otro se relacionaban con procesos más amplios que afectaban la región (colonización blanca en las áreas periféricas, creciente dependencia económica en productos europeos, infiltración continua de elementos blancos al interior de la sociedad indígena). Las relaciones que estos líderes mantenían con los gobiernos de Chile y Argentina, reflejaban estos cambios, y en cierta medida eran manifestación de los mismos. Sin embargo, hay un punto central que no podemos dejar de mencionar, el cual, por haber permanecido en el ámbito de la ambigüedad ha causado confusión entre los estudiosos del tema: el carácter independiente de dichas relaciones, determi-

nadas por el interés que los representantes políticos de la sociedad indígena tenían en mantener la autonomía e independencia de sus dominios. En general, en la literatura relacionada con el tema, especialmente en Argentina por el efecto que las invasiones tenían sobre las haciendas fronterizas, se ha insistido en el carácter "chileno" de los invasores, tal vez con el ánimo de exacerbar pasiones nacionalistas. De acuerdo a los antecedentes presentados, el liderazgo político que a mediados del siglo diecinueve los jefes de la Araucanía ejercían sobre sus vecinos orientales, no constituía de ninguna manera un predominio de los jefes "chilenos" sobre sus congéneres "argentinos". Las relaciones de solidaridad militar establecidas a través de los Andes eran una expresión de la sociedad indígena que, por sobre argumentos jurídicos de dudosa autenticidad, tendía a preservar su identidad y libertad.

*El presente trabajo es la versión en español de la disertación presentada en la Universidad de Londres para el grado de Master durante el año 1979: 'The Araucanian Rebellion of 1867-1872 in Argentina and Chile'. La investigación fue realizada con fondos proveídos por el World University Service (U.K.). Diferentes personas han colaborado en la presentación final de este trabajo, a quienes no puedo dejar de expresarles mis agradecimientos: la doctora J. Kaplan y el Dr. C. Lewis del London School of Economics, la doctora Hilda Sábató del Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración, (Buenos Aires), Scarlett O'Phelan de la Pontificia Universidad Católica de Lima, mi colega Jorge Hidalgo y el Dr. Luis Ortega. Asimismo, mis agradecimientos a Don Néstor Meza quien me inició en los estudios de política indígena mientras fui su ayudante en la Universidad de Chile durante los años 1974-1975. Finalmente, quisiera expresar mi más profunda gratitud al profesor John Lynch, quien no sólo actuó como supervisor de este trabajo, sino que me brindó su ayuda solidaria en un momento crucial de mi existencia. Mi esposa Leticia, con su paciencia y comprensión, fue un factor fundamental en la terminación de este trabajo.

1. La bibliografía sobre las relaciones establecidas a través de los Andes es muy escasa y desapareja; pioneros en este campo son los trabajos de Salvador Canals Frau, "Expansion of the Araucanians in Argentina", Handbook of South American Indians, Vol. 2 (Washington, 1946) y el de Ricardo E. Latcham, "Los Indios de la Cordillera y de la Pampa", publicado en los tomos 62, 63, 64 y 65 de la Revista Chilena de Historia y Geografía. El trabajo de Juan C. Walther, La Conquista del Desierto (Buenos Aires, 1964), contiene bastante material sobre el tema; Alfred J. Tapsen, "Indian Warfare on the Pampa During the Colonial Period", publicado en Hispanic American Historical Review, Vol. 42, 1962, entrega referencias tempranas. Finalmente no podemos dejar de mencionar el trabajo realizado por Rodolfo M. Casamiquela, Estudio del Nillatún y de la Religión Araucana (Bahía Blanca, 1964), en el cual se hace un interesante, y exitoso, estudio del fenómeno religioso a ambos lados de los Andes.
2. Véase J.M. Cooper, "The Araucanians", H.S.A.I., Vol. 2 (Washington, 1946), passim. Antonio Serrano, Los Aborígenes Argentinos, Síntesis Etnográfica (Buenos Aires, 1947), p. 253.
3. Guillermo A. Terrera, Cáciques y Capitanejos en la Historia Argentina (Buenos Aires, 1974), passim. Jorge Páez, La Conquista del Desierto (Buenos Aires, 1970), p. 24. Horacio Lara, Cronica de la Araucanía, Vol. 2 (Santiago, 1889), p. 196 y siguientes. Dick E. Ibarra Grasso, Argentina Indígena y Pre-Historia Americana (Buenos Aires, 1967), p. 334.

4. Estanislao Zeballos, Callvucura y la Dinastía de los Piedra (Buenos Aires, 1890), p. 19. Si bien la autenticidad del manuscrito citado por Zeballos en su obra ha sido cuestionada, el conjunto de la historia que relata se ajusta a los acontecimientos. El valor de las opiniones de Zeballos al respecto es similar, y quizás aún más importante, a las aseveraciones hechas por viajeros en la época.
5. Diario La República, Buenos Aires, 24 de abril de 1876. J.M. Olascoaga, Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro (Buenos Aires, 1881), p. 112. De acuerdo con Olascoaga, J. Puelma, Diputado por el Departamento de San Carlos, Maule, habría expresado en el Congreso Nacional de Chile el 18 de agosto de 1870: "En cuanto al comercio, vemos que el de animales, que es el que más se hace con los Araucanos, proviene siempre de animales robados en la República Argentina. Es sabido que últimamente se han robado ahí 40.000 animales más o menos y que son llevados a la tierra, y nosotros sabiendo que son robados los compramos sin escrúpulo alguno, y luego decimos que los ladrones son los Indios. Nosotros qué seremos?"
6. El tráfico de animales se realizaba a través de los pasos andinos ubicados entre Antuco y Osorno, el más notorio de los cuales es el Boquete de Villarica. A través de las Pampas se hacía uso de Las Rastrilladas, o Caminos de los Chilenos, que unían las localidades de Buenos Aires, Córdoba, San Luis y Mendoza con los asentamientos indígenas del interior y del lado chileno. El tema ha sido escasamente estudiado; a pesar de las constantes referencias hechas por autores contemporáneos, v.g. Lucio V. Mansilla, Una Excursión a los Indios Ranqueles (Buenos Aires, 1870), p. 254; Allen F. Gardiner, A Visit to the Indians of Chile (London, 1841), p. 176. El trabajo más moderno es el presentado por León Brodsky, "Estudio Actual de las Rastrilladas de los Chilenos", publicado en Primer Congreso del Area Araucana (Buenos Aires, 1963).
7. Además de las referencias que se encuentran en los diarios de viajeros, véase Dionisio Schoo Lastra, El Indio del Desierto (Buenos Aires, 1957), quien describe el tráfico consistente de "esclavos indígenas, mantas, ponchos, alcohol, dagas, machetes, yesqueros, pañuelos finos de Europa para vinchas, asperos, chapeados de plata, alhajas del mismo metal para sus mugeres y cañas de coligte para armar allanzas". p. 41. Con respecto al comercio de esclavos, práctica común entre los Araucanos, quienes no sólo se limitaban a comerciar con sus cautivos blancos, sino también con miembros capturados durante guerrillas intestinas, existe un pequeño opúsculo de Hector Lago M., 5 Cautivas en Araucanía (Buenos Aires, 1969).
8. Esta homogeneidad causó sorpresa entre los viajeros extranjeros que visitaron el área. Como ejemplo se puede citar a William McCann, 2.000 Miles Ride Through the Argentine Province (London, 1853), Vol. 1, p. 113.

9. Alfred Hasbrouck, "The Conquest of the Desert", Hispanic American Historical Review, Vol. 15 (1935), p. 200.
10. Schoo Lastra, op. cit., p. 29.
11. A. Guinnard, Three Years of Slavery among the Patagonians (London, 1871), p. 134. Guinnard en realidad cohabitó con la gente de Calfucura en Salinas Grandes, a los que confundió con Patagones.
12. B. González Arrili, Los Indios Pampas (Buenos Aires, 1960), p. 9; Guillermo A. Terrera, op. cit., p. 18; Julian Steward, "The Native Population of South America", Handbook of South American Indians, Vol. 5 (1949). Véase también A. Rosenblat, La Población Indígena (Buenos Aires, 1954), p. 206. British Parliamentary Papers, 1874, Vol. LXVI, Report on the Commerce of the Argentine Republic during the year 1872, p. 17.
13. Bernardo Berdichewsky, The Araucanian Indians of Chile (Copenhagen, 1975), p. 11; Louis C. Faron, The Mapuche Indians of Chile (New York, 1968), p. 11.
14. Un estudio reciente realizado por nuestro colega Jorge Hidalgo, Algunas notas sobre los Mapuches Protohistóricos (Temuco, 1973), p. 34, luego de un detallado estudio de los cronistas de la primera etapa de la conquista, insiste en esta cifra optimista.
15. Quinto Censo General de la Población de Chile levantado el 19 de Abril de 1875 i compilado por la Oficina Central de Estadística (Imprenta El Mercurio, 1876), pp. xxiv-xxv.
16. Véase por ejemplo a Tomás Guevara, Historia de la Civilización de Araucanía (3 Vols., Santiago, 1903), Vol. 3, p. 321; Horacio Lara, Crónica de la Araucanía (2 Vols., Santiago, 1889), Vol. 2, p. 303 y siguientes.
17. Milan Stuchlik, Life on a Half Share (London, 1976), p. 16; Louis C. Faron, Mapuche Social Structure (Illinois, 1961), p. 11; Rómulo Múniz, Los Indios Pampas (Buenos Aires, 1966), p. 98; Bernard Jeannot, El Problema Mapuche en Chile (Santiago, 1972), p. 7.
18. Ignacio Domeyko, La Araucanía y sus Habitantes (Buenos Aires, Santiago, 1971), p. 125.
19. Gardiner, op. cit., p. 89.
20. Edmond R. Smith, The Araucanians, Notes of a Tour among the Indian Tribes of Southern Chili of the US. Astronomical Expedition in Chili (London, 1855), pp. 11, 241, 244.
21. Emile Housse, Les Araucans du Chili (Paris, 1939), p. 280.
22. Guevara, op. cit., p. 390.
23. El texto de la ley ha sido publicado por Alvaro Jara, Legislación Indígena (Santiago, 1956), p. 212; además está el trabajo de H. Ormeño y J. Osses, Nueva Legislación sobre

- Indígenas en Chile (Santiago, 1972), p. 18. Finalmente, debemos citar el estudio de Alejandro Lipschutz, La Comunidad Indígena en América y en Chile (Santiago, 1956), p. 151.
24. El texto de la ley ha sido publicado por J.C. Walther, op. cit., Anexos 5 y 7.
 25. Mansilla, op. cit., p. 90.
 26. George C. Musters, At Home with the Patagonians (Londres, 1871). Una versión en español fue publicada en Buenos Aires: Vida Entre los Patagones (Buenos Aires, 1969).
 27. Smith, op. cit., p. 241.
 28. Páez, op. cit., p. 46; Walther, op. cit., pp. 415-427. Véase también D.F. Sarmiento, Mensaje del Presidente de la República al Honorable Congreso de la Nación (Buenos Aires, 1870), pp. 22-23. En Chile el libro de R. Donoso y F. Velasco, La Propiedad Austral (Santiago, 1970), pp. 49-84. Steffan Berglund, The National Integration of the Mapuche (Stockholm, 1977), ha interpretado este proceso como el resultado de la integración de la economía nacional al ambiente internacional. Véase especialmente p. 92. Finalmente un interesante estudio del período en el cual se relaciona el problema indígena con este proceso ha sido realizado por J.P. Blancpain, 'Le Chili Républicain et la fin de la Frontière Araucane', Revue Historique (Paris, 1979), passim.
 29. Lara, op. cit., pp. 303-308.
 30. Guevara, op. cit., Vol. 3, p. 341.
 31. Lara, op. cit., p. 310.
 32. Lara, op. cit., p. 312 y siguientes.
 33. Todos los documentos relacionados con esta acusación fueron publicados por Lara, op. cit., pp. 360-364.
 34. El nuevo sistema de guerra, que en realidad no era nuevo pues había sido empleado ya por el ejército colonial, y durante la campaña de Manuel de Rosas en las Pampas, ha sido ampliamente descrito por J.A. Portas, Malón contra Malón (Buenos Aires, 1967). En la página 23 de su libro, señala: "La idea del contramalón estaba ya en marcha. Los indios siempre dispersos, ocupaban con pequeñas agrupaciones zonas determinadas que les brindaban pastos y aguadas suficientes. Reunían sus fuerzas para invadir, y en caso de choque con el blanco la dispersión era siempre su arma favorita. Ahora que el Blanco atacaba con columnas móviles, muy livianas, bien montadas y bien armadas, esa dispersión que había sido el arma indígena, mantuvo inerte al indio frente al ataque". Blancpain, op. cit., p. 90, describe las nuevas tácticas militares como una incorporación hecha por el ejército chileno de técnicas guerreras indígenas.
 35. En su discurso el Presidente de la República aplaudía las

acciones del ejército nacional, el que durante el período había estado "recorriendo en todas direcciones el Territorio Araucano", publicado en El Araucano (Santiago), 27 de noviembre de 1869.

36. La importancia estratégica de Choele Choel fue registrada a fines de la época colonial por Félix de Azara, "Diario de un reconocimiento de la Guardia y Fortines que guarnecen la línea de fronteras de Buenos Aires para ensancharla", en Pedro de Angelis, Colección de Obras y Documentos publicado con prólogo y notas de Andrés M. Carreteros (2 Vols., Buenos Aires, 1972), Vol. A, pp. 160-161.
37. Carta de Calfucura al coronel A. Barros, publicada en Alvaro Barros, Fronteras y Territorios Federales de las Pampas del Sur (Buenos Aires, 1872), p. 85.
38. Carta escrita por B. Namuncura al coronel A. Barros (abril de 1869), en Barros, op. cit., p. 86.
39. Schoo Lastra, op. cit., p. 138.
40. Carta de Namuncura al coronel A. Barros, en Barros, op. cit., p. 86.
41. Mansilla, op. cit., p. 174.
42. Masters, op. cit., p. 308.
43. Las negociaciones han sido descritas por Fray Estanislao M. Leonetti, "Memoria de la Prefectura Apostólica de las Misiones Franciscanas de Chile", en Memoria de Justicia, Culto e Instrucción Pública (Chile, 1870), p. 35.
44. Memoria del Ministerio de Guerra (Chile, 1870), documento número 1, p. 2-5, Memoria de Guerra de Chile citada en adelante como MG (Ch.), seguidas del año respectivo.
45. El diario londinense The Times describía en extenso en su edición del 19 de noviembre de 1869, el viaje de Quilahueque a Santiago.
46. Carta de Quilapán al general J.M. Pinto (Salto, 18 de octubre de 1869), en MG (Ch.), 1870, Anexo A, Documento no. 4, pp. 10-11.
47. Carta del general J.M. Pinto al Ministro de Guerra del 21 de octubre de 1869, en MG (Ch.), 1870, Anexo A, Documento no. 4, pp. 8-9.
48. Carta del Ministro de Guerra al coronel Cornelio Saavedra y al general J.M. Pinto, 8 de noviembre de 1869, en MG (Ch.), 1870, Anexo A, pp. 12-14.
49. Carta del coronel C. Saavedra al Ministro de Guerra, "Memoria del Comandante en Jefe de la Baja Frontera", en MG (Ch.), 1870, p. 53.
50. Carta del general J.M. Pinto al Ministro de Guerra, 15 de noviembre de 1869, en MG (Ch.), 1870, Anexo A, pp. 16-17.

51. Carta del general J.M. Pinto al Ministro de Guerra, 21 de enero de 1870, en MG (Ch.), 1870, Anexo A, Documento no. 11, p. 18.
52. Páez, op. cit., p. 43.
53. El general J.M. Pinto, instruía al comandante de una columna expedicionaria destinada a castigar a los rebeldes de Quilapán, que insistiera en la entrega de los bandidos "que son conocidos de todos sus crímenes y la influencia que ejercen sobre los indios mediante sus no interrumpidos esfuerzos para incitarlos a depredaciones y robos", en MG (Ch.), 1870, Anexo A, Documento no. 18, p. 31. En Argentina numerosos blancos se sumaban a las huestes indígenas; el caso más notorio es el del coronel Baigorria, que residió por años entre los indios de Leuvuco. Otro caso es el de Pedro Pérez y sus 'gauchos salvajes' que acostumbraban a sembrar el terror en las haciendas mendocinas. Véase al respecto el informe enviado por el comandante de la frontera sur de Mendoza al Inspector General de Armas, en Memoria de Guerra (Argentina), 1872, Anexo B, pp. 135-136. Memorias de Guerra de Argentina citadas en adelante como MG (Arg.), seguidas del año respectivo.
54. Carta del general J.M. Pinto al Ministro de Guerra, 18 de mayo de 1870, en MG (Ch.), 1870, Anexo A, Documento no. 23, p. 36.
55. Véase el estudio hecho para el período colonial por Sergio Villalobos, "Tipos Fronterizos en el Ejército de Arauco" en Revista de la Academia Nacional de la Historia (Caracas, 1979). Lamentablemente no se ha producido nada al respecto para el período republicano.
56. Armando Braun Menéndez, El Reino de Araucanía y Patagonia (Buenos Aires, 1967), passim; José Miguel Barros, "Orelie Antoine I y una proyectada misión británica a la Araucanía", en Boletín de la Academia Chilena de la Historia, año 34, no. 76 (1967), complementa el trabajo de Braun Menéndez, especialmente en lo que se refiere a las conexiones internacionales de Aurelio Antonio. Cornelio Saavedra en "Memoria del Comandante en Jefe de la Baja Frontera", MG (Ch.), 1870, pp. 54-55, confirmaba el arribo de Aurelio Antonio a la Araucanía, "introducido por las pampas argentinas...acompañado de cierto número de gauchos alzados de la vecina República". Con respecto al incidente en Choele Choele, Saavedra expresaba que había salvado su vida diciendo "que venía llamado por Quilapán, con el objeto de ponerse al frente de la guerra que iban a hacer los Indios de Chile para recuperar sus tierras". En la misma memoria, Saavedra adelantaba algunos de los argumentos relacionados con la posibilidad de que Aurelio Antonio contara con el respaldo del gobierno francés, indicando que éste había prometido a Quilapán "elementos y recursos en un buque que en el mes de Mayo vendría por el Pacífico". Precisamente, continuaba Saavedra, durante aquel mes había

recalado en las aguas del puerto de Corral, "el conocido vapor de guerra francés D'Entrecasteaux...por la importancia ulterior que ellos pudiera tener lo dejo consignado". Antes de concluir esta extensa nota, quisiera mencionar que existe una excelente recopilación bibliográfica en torno a este tema realizada nada menos que por Prince Philippe B. D'Araucanie, heredero de Aurelio Antonio, titulada "L'Araucanie et la Patagonie", en Cahiers de L'Academie des Hautes Etudes Araucaniennes, no. 2 (Paris, mimeo., 1959).

57. Antoine Orllie, Orllie Antoine, Ier (Paris, 1863), p. 16.
58. Antoine Orllie, Manifeste d'Orllie Antoine Ier (Paris, 1863), p. 9.
59. The Times, de Londres, en su edición del 2 de abril de 1861 concluía un texto referido a Aurelio Antonio, señalando que éste había estado viviendo "los pasados seis años entre los Indios del sur de Chile, donde ascendió hasta la posición de jefe, y ejercía considerable influencia entre ellos".
60. La presencia de Lemunao entre los asistentes a este parlamento ilustra con claridad el continuo movimiento de hombres de un lado al otro de los Andes. En abril de 1860, Pablo Treutler, La provincia de Valdivia y los Araucanos (Santiago, 1861), visitó su reducción mientras se preparaba con sus guerreros a cruzar los Andes. En 1868, Schoo Lastra, op. cit., p. 137, lo describe a la cabeza de un contingente de Huilliches acampados en los llanos de Córdoba. En febrero del año siguiente, su hijo Henychal y Mariano Ruiz firmaban un Tratado de Paz con las autoridades de Buenos Aires. En dicho tratado ambas partes acordaban, irónicamente, que "en caso de invasión de indios ladrones o indios chilenos que se introduzcan a robar a este lado de las cordilleras, territorio argentino, el cacique Limonao y su tribu se comprometen a expedicionar hasta el Desierto en persecución de los invasores..." El texto del tratado fue publicado por Walther, op. cit., Anexo no. 11.
61. "Memoria del Comandante en Jefe de la Baja Frontera", en MG (Ch.), 1870, p. 55.
62. Carta del coronel C. Saavedra al Comandante de la Guarnición de Lebu, 2 de febrero de 1870, en MG (Ch.), 1870, p. 73.
63. Carta del Ministro de Guerra al general J.M. Pinto, 25 de enero de 1870, en MG (Ch.), 1870, Documento no. 12, p. 19.
64. Carta del Ministro de Guerra al general J.M. Pinto y al coronel C. Saavedra, 26 de enero de 1870, en MG (Ch.), 1870, Documentos no. 13 y 14, pp. 20-21.
65. Informe del Comandante de la Guarnición de Lebu al coronel C. Saavedra, 2 de marzo de 1870, en MG (Ch.), 1870, Documento no. 7, p. 75.
66. Ibid., p. 76.

67. L.C. Faron, Mapuche Social Structure (Illinois, 1961), señala al respecto: "La rebelión de 1868-1870 hizo y resultó en la continuación del proceso de desestabilización y desplazamiento de la población Mapuche. Los Indios cercanos a los centros de población blanca abandonaron sus tierras, retirándose a regiones menos accesibles, o bien se unieron a los vastos números de Mapuches que migraron a la Argentina", p. 106.
68. Informe del Comandante de la Guarnición de Lebu al coronel C. Saavedra, 2 de marzo de 1870, op. cit., p. 76.
69. El texto de las discusiones sostenidas en el Parlamento fueron publicadas por Benjamín Vicuña Mackenna, La Conquista de Arauco (Santiago, 1868), passim.
70. Tomás Walton, "Memoria de sobre la Línea de Frontera del Malleco", Angol, 2 de abril de 1870, en MG (Ch.), 1870, pp. 7-9.
71. "Discurso pronunciado por el Ministro de Guerra al Congreso Nacional", en MG (Ch.), 1870. En su discurso el Ministro señalaba: "Gracias a las medidas adoptadas, la rebelión no ha tenido mayores repercusiones, estando confinada a la región oriental de Araucanía", pp. 7-8.
72. J.M. Olascoaga, "Informe de la Expedición a Villarica", Toltén, 19 de febrero de 1870, en MG (Ch.), 1870, Documento no. 10, p. 84.
73. Memoria del Comandante en Jefe de la Baja Frontera, op. cit., en MG (Ch.), 1870, p. 59.
74. Ibid., p. 61.
75. Véase el texto de la Ley Complementaria en Walther, op. cit., Anexo no. 7; Alvaro Barros, op. cit., p. 100, proporciona más detalles, especialmente en lo que se refiere a las acusaciones contra el Ministro de Guerra. Finalmente, el Ministro en Memoria Presentada por el Ministro de Guerra al Congreso Nacional (Buenos Aires, 1872), p. 15, se explayaba sobre el impacto de la rebelión de López Jordán sobre la seguridad de las fronteras.
76. Musters, op. cit., p. 318.
77. "Tratado de Paz firmado por los Jefes Cipriano Catriel y Calfucil con el Comandante de la Frontera Sur de Buenos Aires", Azul, 9 de octubre de 1870, publicado en El Nacional de la Semana, 6 de noviembre de 1870.
78. Memoria del Comandante en Jefe de la Baja Frontera, op. cit., en MG (Ch.), 1870, p. 8.
79. Ibid., p. 16.
80. Carta del general J.M. Pinto al Ministro de Guerra, 26 de enero de 1871, en MG (Ch.), 1871, Anexo Partes Oficiales de

- las Expediciones enviadas al Interior del Territorio Araucano, p. 60.
81. Carta del Ministro de Guerra al Comandante en Jefe de la Frontera, en MG (Ch.), 1872, p. 37.
 82. Quilapán le expresaba a Urrutia que había prometido a su padre no reunirse con las autoridades chilenas al norte del río Malleco. Véase "Memoria del Comandante en Jefe del Ejército de la Frontera", en MG (Ch.), 1872, p. 6.
 83. Ibid., p. 7
 84. "Memoria presentada por el Ministro de Guerra al Congreso Nacional", 1 de junio de 1872, en MG (Ch.), 1872, p. 7.
 85. Blancpain, op. cit., p. 91.
 86. Un estudio que recientemente ha dado origen a una nueva visión de este período ha sido realizado por Luis M. Ortega, Change and Crisis in Chile's Economy and Society, 1865-1879, tesis doctoral, (London, 1979).
 87. Dee Brown, The Fetterman Massacre (London, 1972), p. 26. Las similitudes entre ambas fronteras son extraordinarias. En este sentido es interesante el informe del cónsul británico en Rosario, quien señalaba respecto al éxito de la colonia de San Javier en sobrevivir los ataques de los indios: "esto puede ser consecuencia del hecho que los colonos son todos veteranos de la frontera de norteamérica". British Parliamentary Papers, 1872, Vol. LVII, pp. 7-8.
 88. "Memoria del Ministro de Guerra", op. cit., en MG (Ch.), 1872, p. 8.
 89. J.M. Olascoaga, Estudio Topográfico, op. cit., p. 115.
 90. Carta del general Ignacio Rivas al coronel Rufino Victórica, 2 de setiembre de 1871, en MG (Arg.), 1872, Anexo B, p. 40.
 91. Carta del coronel Francisco Borges a Victórica, 13 de marzo de 1872, en MG (Arg.), 1872, Anexo B, p. 112.
 92. Carta del general I. Rivas al coronel Martín de Gainza, 20 de abril de 1872, en MG (Arg.), 1872, Anexo B, p. 144.
 93. Véase "Memoria del Comandante General de Armas y Comandancias de Fronteras", y Mariano Moreno, "Estado del Parque", en MG (Arg.), 1872, Anexos C y D.
 94. Carta de Francisco de Elías al coronel Victórica, 7 de mayo de 1871, en MG (Arg.), 1872, Anexo B, p. 20.
 95. Ibid., p. 20.
 96. Carta del coronel J.C. Boer al coronel Victórica, 18 de mayo de 1871, en MG (Arg.), 1872, Anexo B, p. 23.
 97. Barros, op. cit., p. 146.
 98. Informe del general Rivas al coronel Victórica, 11 de marzo de

1872, en MG (Arg.), 1872, Anexo B, p. 130.

99. Carta de Calfucura al coronel Boer, La Verde, 5 de marzo de 1872, en Barros, op. cit., p. 147.
100. Zeballos, op. cit., p. 280.
101. Informe del general I. Rivas al coronel R. Victórica, 11 de marzo de 1872, en MG (Arg.), 1872, Anexo B, p. 132.
102. Zeballos, op. cit., p. 280.
103. Informe del general Rivas al coronel R. Victórica, 11 de marzo de 1872, en MG (Arg.) 1872, Anexo B, p. 127.
104. D.F. Sarmiento, "Mensaje del Presidente de la República al abrir las sesiones del Congreso Argentino", (Buenos Aires, 1872), p. 19.
105. Informe del general Rivas al coronel Victórica, 11 de marzo de 1872, en MG (Arg.), 1872, op. cit., pp. 127-8. El nuevo estilo de guerra desplegado por Calfucura generaba la necesidad de incrementar los contingentes de la frontera, pues era claro "que con el corto número de fuerzas con que cada frontera pueda disponer, no es posible batir a dos o tres mil indios que se lancen sobre ella"; en MG (Arg.), 1872, p. 13.
106. Múniz, op. cit., p. 192.
107. Namuncura al coronel A. Barros, en Barros, op. cit., p. 86.
108. Francisco Moreno, Viaje a la Patagonia Austral, (Buenos Aires, 1969), p. 108.
109. Citado en Schoo Lastra, op. cit., p. 137.
110. "Memoria del Intendente de Valdivia", 30 de abril de 1868, en Memoria del Ministerio del Interior (Chile, 1868), Anexos, p. 20.
111. Ibid., p. 121.
112. Zeballos, Callvucura, op. cit., 284.
113. Esto fue captado por oficiales chilenos; en 1870 Saavedra escribía: "a pesar de los esfuerzos del cacique Quilapán por reducir a la generalidad de las tribus indígenas, no ha podido conseguir la cooperación de ellas, quedando por consiguiente reducido el movimiento de los indios rebeldes a sólo las tribus Arribanas o Moluches". En MG (Ch.), 1870, p. 77.
114. El Ministro de Guerra de Argentina, ponía el mejor epílogo a los eventos referidos, al anunciar el interés del gobierno en dictar una ley "que determinara los territorios nacionales en aquella parte y donara una porción de tierra a cada uno de los soldados que van a conquistarlos así como a todo el que vaya a poblarlos, haría que en poco tiempo esos desiertos se convirtieran en pueblos florecientes y cristianos". En MG (Arg.), 1872, p. 114.

RESEÑA BIBLIOGRAFICA

Henry W. Kirsch, Industrial Development in a Traditional Society. The Conflict of Entrepreneurship and Modernization in Chile (The University Presses of Florida, 1977), 210 páginas.

Uno de los problemas más serios que enfrenta la historiografía económica chilena es el de la determinación de los orígenes del proceso de industrialización del país. Durante décadas su estudio se realizó a un nivel general, sobre la base de presunciones acerca de lo que "habría sucedido", las cuales generalmente eran basadas en interpretaciones erróneas de las políticas económicas implementadas en el siglo pasado, las que explicaban el fracaso de la industrialización del país. Así, hasta mediados de la década de 1960 la visión más aceptada era la que postulaba el colapso de un sector industrial, hipotético, como consecuencia de la adopción de una política económica "ultra liberal" en 1864, lo que también condujo a la "frustración" del desarrollo económico del país. La industrialización entonces aparecía como un fenómeno posterior a la crisis de 1929-1931, la resultante de políticas públicas.

Esta visión corresponde a una tradición interpretativa que fue consolidada por los trabajos de Aníbal Pinto, Claudio Véliz y Max Nolff, y que hacia 1965 parecía haber agotado el debate sobre el tema. Su debilidad intrínseca, resultante de la ausencia de investigación rigurosa, no constituyó obstáculo para que diversos constituyentes del espectro político y variadas tendencias en el campo de las ciencias sociales la aceptasen sin mayores objeciones y basaran en ella sus interpretaciones y programas. La permanencia de este enfoque no podía, sin embargo, ser durable y en 1966 Ricardo Lagos inició su demolición, comendable obra que fue continuada en 1968 por Oscar Muñoz. El trabajo de Henry W. Kirsch, que se comenta a continuación, se inserta en el contexto del proceso de revisión de la cronología y de los factores que hicieron posible la industrialización chilena, en cuanto a proceso, desde el último cuarto del siglo pasado.

La hipótesis central de esta obra es que la industrialización chilena se inició, "como un proceso consistente" entre 1879 y 1884, es decir en los años en que nuestro país se encontraba en guerra contra Bolivia y Perú, habiendo sido dicho conflicto el elemento clave en el "take-off" del proceso. Factores de demanda interna, tales como el desarrollo de la minería y la agricultura, de los medios de transporte y especialmente los cambios en la estructura demográfica son identificados por el autor como claves en la alteración de las posibilidades productivas en favor de la industria nacional. No escapa a dicha enumeración de factores el incremento en el ingreso nacional, la concentración de los mercados y el crecimiento de los sectores de clase media urbana en la creación de una demanda, frente a la cual la industria creció en forma considerable. Todos esos elementos, la demanda de guerra más los cambios

en la tarifa de importaciones introducidos en 1878 y aquellos de la estructura de importaciones son analizados en forma sucinta en el capítulo I, sin que lo apretado de la síntesis deje nada que desear desde un punto de teórico-conceptual, a lo que se agrega un manejo seguro de recursos metodológicos y un conocimiento cabal de la literatura sobre el tema.

Kirsch plantea que la industria manufacturera chilena evolucionó en su estructura productiva desde un estadio esencialmente pre-industrial, artesanal, hasta uno de industrialización semi-completa que, hasta cierto punto, creó relaciones con otros sectores de la economía. De esta forma, al iniciarse la Primera Guerra Mundial "la industria era suficientemente moderna como para responder adecuadamente a las fluctuaciones del mercado y para embarcarse, a gran escala, en la sustitución de importaciones" (p. 152), mostrando considerable empuje en términos de modernización y ritmo de crecimiento. En los capítulos I y II el autor analiza los diversos sectores industriales que se desarrollaron entre 1880 y 1914, lo cual incluye interesantes descripciones de establecimientos fabriles y de su producción, lo cual le permite ir configurando un panorama del crecimiento industrial y un marco teórico que explica las características de su desarrollo. El capítulo III contiene un discusión acerca de las razones del fracaso de este sector de la economía en convertirse en un "polo de crecimiento" o desarrollo. Los capítulos IV y V, son de especial interés ya que muestran la composición social del grupo empresarial manufacturero. De ellos se desprende que la participación de extranjeros fue decisiva y que también, y quizás si más importante, que los agricultores, mineros y comerciantes importadores/exportadores chilenos no sólo no fueron hostiles o indiferentes al fenómeno, sino que participaron en forma creciente en él. Es lamentable que el autor no haya profundizado más este aspecto de su estudio, ya que así habría contribuido a la dilucidación de las incógnitas acerca del empresariado chileno decimonónico y de la forma en que la oligarquía incorporó a su seno a sectores que pudieron haber amenazado su control social, político y económico del país. No es ese el objetivo del libro, naturalmente, pero un tratamiento más amplio de esos problemas hubiese constituido un gran aporte, el que al mismo tiempo hubiese reforzado el capítulo V, el cual trata de la actitud de los empresarios fabriles frente a la guerra civil de 1891, en donde se cuestionan las tesis de Marcelo Segall y Hernán Ramírez sobre el tema.

Los dos últimos capítulos son ricos en elementos que, es de esperar, abrirán el camino a nuevas investigaciones. En ellos Kirsch plantea que hasta 1930, el desarrollo industrial chileno fue altamente dependiente de las fluctuaciones del comercio exterior, hasta el punto de llegar a ser una función de los ciclos de exportación y de la capacidad para importar del país. Esto habría sido de crucial importancia desde que lo que dió vida a la industria fueron los flujos de capital y de materias primas e insumos extranjeros, lo cual hasta cierto punto determinó la orientación de la

base industrial a la producción para el consumo final, limitándose con ello las oportunidades de desarrollo de la industria pesada. Esto último requería de fuertes inversiones y largos períodos de maduración previos a la obtención de ganancias, lo cual según Kirsch, era imposible, ya que los empresarios "querían ganancias rápidamente, para lo cual buscaron y obtuvieron protección suficiente para establecer mercados 'cautivos' para un tipo de producción que pudiese ser acometida con mínimo riesgo" (p. 153). Esto significó que, a pesar de su diversificación y desarrollo tecnológico, la industria chilena no llegó a constituirse en "polo de desarrollo". Para el autor uno de los factores que más incidieron en este sentido fue el que las "reglas del juego" adecuadas nunca fueron establecidas, de manera que de la industria sólo se esperaba que se expandiese en términos absolutos, sin que el problema de su relación con el desarrollo general de la economía fuese pensado. Pero, podía esperarse eso de un grupo dirigente que en materias de política económica orientaba su acción esencialmente a la cuestión fiscal por lo menos hasta 1920? Kirsch no se plantea esta pregunta y prefiere sostener que la falla estuvo "no tanto en el nivel macroeconómico como en aquellos aspectos relacionados a los valores dominantes en una sociedad tradicional - los orígenes del empresariado chileno, la estructura de poder y el cambio institucional" (p. 154). Esta última generalización es una de las instancias frustrantes de este libro.

Dos puntos de importancia deben destacarse finalmente. Primero el de la temprana tendencia a la concentración en la forma de monopolios y oligopolios que es tratado en el capítulo VI. Factores de mercado y la existencia de "grupos económicos" son ampliamente analizados, pero es lamentable que el problema del crédito y del funcionamiento del sistema bancario no sean tratados con la suficiente amplitud. El argumento central del capítulo VII, es que a partir de 1924 Chile entró en una nueva era en cuestiones de política económica y desarrollo, lo cual respecto a la cuestión industrial significó que con anterioridad a 1929 se hayan establecido las bases del intervencionismo estatal y las características del sector secundario en las próximas cuatro décadas: estructura monopólica y completa dependencia externa en términos de tecnología. Las políticas de fomento anteriores a la crisis le habrían permitido enfrentar esta con mayor éxito que otros sectores de la economía.

Kirsch concluye afirmando que la industrialización chilena previa a 1929 afectó positivamente los niveles de producción ingreso y ciertas condiciones técnicas de producción, aunque en otros aspectos, especialmente en cuanto a un cambio en el estilo de desarrollo del país, fue claramente disfuncional. Esto, según Kirsch, "es entendible a la luz de la identidad de aquellos que estaban al frente del esfuerzo individual. Desde el comienzo los industriales estuvieron íntimamente vinculados con la homogénea élite económica que componía el elemento dominante de la vida nacional" (p. 156).

En términos globales este libro es muy importante en la renova-

ción de la historia económica chilena, y junto a Sviluppo Industriale e Sottosviluppo Economico. Il caso Cileno, 1860-1920 (Torino, 1971), de Marcello Carmagnani, es un aporte importantísimo al esclarecimiento de una de sus incognitas, estando sustentado por una sólida investigación.

La principal objeción a esta obra se refiere a su cronología. Como el mismo Kirsch lo plantea, la periodización de este problema es difícil. Por nuestra parte planteamos que muchos de los procesos que según Kirsch reforzaron lo iniciado por la demanda creada por la Guerra del Pacífico, estaban ya en marcha desde mediados de la década de 1860, y que un sector industrial de consideración y que constituyó la base de todo el desarrollo posterior, ya daba muestras de su capacidad e importancia en términos de producción y otros factores, con anterioridad al conflicto del Pacífico. Kirsch parece haber intuido esto y haber tenido ante sí evidencia documental que apunta en ese sentido; sin embargo, su recuento para el período de pre-guerra lo basa en la obra de Recaredo S. Tornero, Chile Ilustrado (Valparaíso, 1872), y es más, en los datos que ella brinda sólo para las ciudades de Santiago, Valparaíso y Concepción, cuando la misma ofrece antecedentes de una intensa actividad manufacturera, a nivel industrial, en otras áreas del país. Otras fuentes confirman esta apreciación. Frente a ello, quedamos con la impresión de que Kirsch ha elegido el punto de partida del proceso en forma acomodaticia. A nuestro entender la industrialización chilena, en cuanto a proceso de larga duración, comenzó antes de la Guerra del Pacífico y por ello detectamos un vacío inicial en la obra comentada. Nos proponemos llenarlo en una próxima colaboración a esta revista.

King's College, London

Luis Ortega

ASOCIACION DE HISTORIADORES CHILENOS (U.K)

c/o Institute of Latin American Studies

31 Tavistock Square, London W

DIRECTORIO

Sec. Ejec: L. León

Directores: Dr. L. Ortega
G. Salazar

COMITE ASESOR

Professor John Lynch Dr. Harold Blakemore
Dr. Simon Collier Dr. Andrew Barnard

MIEMBROS FUNDADORES

C. Bustos

A. Galleagos

J. Hidalgo

L. León, M. A.

A. Nuñez, M. A.

E. Reyes

A. Soto

M. Fernández, Ph.D.

D. Herrera

C. Kay, Ph.D.

J. Monroy

L. Ortega, Ph.D.

G. Salazar

Contenido No. 2

ARTICULO

**Dr. L. Ortega: Acerca de los orígenes de la
industrialización chilena
1860-1879**

Publicado por la Asociación de Historiadores Chilenos (U.K.), con la colaboración del World University Service y el Institute of Latin American Studies, University of London.

Las opiniones vertidas en esta revista sólo reflejan la opinión de sus autores y en ningún caso comprometen a la Comisión Editorial.

ISSN 0261-2909